

36

ANGEL AVILÉS

EL RETRATO

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS

EN EL



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

MDCCLXXXVI

ASOCIACIÓN DE ECONOMOS MUTUOS  
DE  
OSEROS

→ SORIA ←

SIBLIOTECA

1  
87

D-2

374

B.P. de Soria



61116722

D-1 2187

D-1  
2187

6722







EL RETRATO



ANGEL AVILÉS



# EL RETRATO

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS

EN EL



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

MDCCLXXXVI

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF NATURAL HISTORY

Es propiedad.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

AL EXCMO. SEÑOR

D. Carlos Navarro y Rodcigo

*Ex Ministro de Fomento, etc., etc., etc.*

*En testimonio de considera-  
cion y afecto,*

*El Autor.*





I

Concepto del retrato. — Consideraciones generales. — El retrato escultórico.

SEÑORAS Y SEÑORES:

 FECTUOSAMENTE invitado por este Círculo á dar algunas conferencias <sup>1</sup>, no he sabido negarme á la cariñosa insistencia de mis amigos, y una vez comprometida mi palabra, no es posible retroceder, aunque ahora perciba yo más que nunca la inmensa distancia que hay entre lo que exige este sitio y mi aptitud para ocuparle dignamente. Aliéntame, sin embargo, la esperanza de que

vuestra benevolencia, que es igualmente grande, sumadas en una las buenas voluntades de todos para conmigo, llene y salve esa distancia; por más que no baste esta idea para tranquilizarme enteramente, porque acontece con el público como con el mar: cada gota de agua no produce, ni puede producir, el efecto que ese conjunto potentísimo que suspende ó intimida el ánimo, y más aun si se agita tempestuoso y convierte en náufrago al navegante.

Considerando que mis conocimientos no están, ni con mucho, á la altura de mis aficiones artísticas, no quise escoger ninguno de los temas estéticos, amplios y profundos que aquí pueden tratarse, y que algunos de vosotros habéis tratado ya, y elegí un punto que al principio me pareció más reducido, y que después, explorando sus horizontes, me ha resultado de una extensión más vasta de lo que yo quisiera. El *retrato* en Bellas Artes, que es el tema con que voy á ocupar vuestra

atención, abraza un campo vastísimo, y para recorrerle entero, sería preciso, repito, contar con más elementos que los escasos que yo poseo: tratada á fondo esta materia, ha dicho un autor célebre, daría ella sola de sí una obra voluminosísima, que ciertamente hasta ahora, que yo sepa, no se ha escrito. Y esta es una de las dificultades con que he tocado; ni en bibliotecas, ni en librerías he podido encontrar esa obra, y he tenido, por consiguiente, que recoger datos esparcidos en libros y museos, añadiendo el fruto de mis propias meditaciones.

Ante todo, y para determinar el campo de mis investigaciones, los límites de mi trabajo, he tratado de fijar la significación, el concepto, la definición, en suma, del retrato. Hay quien le define, como la “representación de la personalidad <sup>2</sup>, „ la “semejanza de una persona trazada con lápiz, buril, etc. <sup>3</sup>,„ “la figura hecha á viva seme-

janza y verdadera imagen de otra, tanto en pintura como en escultura 4,„ y prescindiendo de otras muchas y fijándonos en el código de nuestra lengua castellana, en el Diccionario de la Academia Española, última edición, retrato es “pintura ó efigie que representa con semejanza la figura de una persona ó animal. Descripción de la figura ó carácter, ó sea de las cualidades físicas y morales de una persona.„ Todas estas definiciones vienen á dar á entender lo mismo; pero yo, sin caer en las exageraciones puestas hoy en moda de censurar acerba y satíricamente á nuestro primer cuerpo literario, creo que su definición del retrato es incompleta por una parte, y poco concisa y expresiva por otra; y pensando sobre ella, he venido á parar, después de aplicar el conocido precepto de Horacio, á la siguiente, que quizá no sea mejor, pero que á mí me satisface más. Entiendo yo que puede definirse el retrato: “imagen artística ó descripción literaria de un sér,„ porque, á mi juicio,

la voz imagen lleva consigo la idea de figura, efigie, representación y semejanza de un sujeto ú objeto, y calificándola de artística, se significa que no se trata de la representación natural, expresada bellísimamente por Víctor Hugo al decir que *en una sola gota de agua se retrata el cielo todo*, sino que se expresa la imagen obtenida mediante los recursos del arte. He hecho también la diferencia entre el retrato genuínamente artístico y el literario — por más que la literatura sea una de las bellas artes, acaso la primera de todas ellas — en razón á la naturaleza distinta y á la extensión de sus procedimientos. He usado de la palabra *sér*, porque en ella no solamente se comprenden las de persona ó animal, sino que se extiende al sér humano en su más elevada acepción, que puede retratarse y que en efecto se ha retratado y se retrata en obras artísticas <sup>5</sup>.

Para mí, señores, todas y cada una de las bellas artes han producido y producen, cual más, cual menos, verdaderos retra-

tos. La Música y la Arquitectura, que la una por su inmaterialidad, por expresar más bien los afectos íntimos del ánimo, vagos é indeterminados en la forma, pero en su esencia profundamente delicados y conmovedores; y la otra por la realidad matemática de sus primeros elementos, por la utilidad material de su fin, parecen estar fuera del objeto de que nos ocupamos, no lo están en verdad. Cierto es que la Música no hace ni puede hacer retratos en la estricta acepción de la palabra; pero crea, por ejemplo, tipos tan determinados como los admirables que caracterizan los personajes de esas obras inmortales que se llaman *Los Hugonotes* y *El Barbero de Sevilla*. Y si no, decidme: prescindiendo de la letra, prescindiendo de la determinación visual, ¿no es verdad que conocéis y distinguís el tipo de Valentina, el de Raul, el de Marcelo, el de Rosina, el de Almaviva, el de Fígaro, el de Don Bartolo, el de Don Basilio? Estos son para mí retratos musicales, tan interesantes

como los mejores que puede producir la Escultura ó la Pintura.

En cuanto á la Arquitectura, ya que no retrate individuos, ni retrate seres, retrata el sér humano, retrata á la humanidad en sus distintas épocas, tan fija, determinada y perfectamente, que la confusión en ella de una época con otra es imposible. Los hermosos restos del palacio de Khorsabad, las ruinas del de Persépolis, los subterráneos de Elora, cuanto nos queda de los antiguos pueblos de Oriente, indios, asirios, babilonios, persas, nos hablan elocuentemente de cómo pensaban, de cómo sentían, de cómo eran aquellas generaciones. Las ingentes pirámides, las colosales esfinges, los magníficos templos y palacios de Karnac y tantos otros, que aun rotos y destrozados producen admiración infinita, nos retratan el carácter y modo de ser de los egipcios. En la Acrópolis de Atenas se puede entrever todavía la cifra del pueblo griego, de aquel pueblo, maestro de

la humanidad en todos los ramos de la cultura, á quien debemos el eterno canon de la belleza artística. Las ruinas del Coliseo, los arcos de Tito y de Vespasiano, la columna trajana, y en nuestra España los puentes de Mérida y de Córdoba, el acueducto de Segovia y tantas otras obras que parecen construídas por manos de gigantes, nos dan el retrato de aquel pueblo romano, robusto, tenaz, inteligente, ambicioso, que dominó al mundo por las armas y aun le domina por el derecho y la jurisprudencia. Los pueblos cristianos de la Edad Media se han retratado también admirablemente en sus construcciones, sobre todo en sus bellísimos templos, en sus afilegranadas catedrales, llamadas poéticamente *himnos de piedra*. El arte árabe, en la gran mezquita cordobesa y en las sutiles, elegantísimas labores de la Alhambra, sueño realizado de una imaginación amante, nos dice lo que fué aquel pueblo idealista y guerrero. Como las construcciones del

Renacimiento, nos retratan el despertar de la humanidad en las esferas de la vida social, de la ciencia y del arte, y los edificios modernos sin carácter propio ó con el que afectan el palacio de cristal de Sydenham, las vastas estaciones de ferrocarriles, las extensas fábricas, el eclecticismo y el utilitarismo de la época presente.

Pero vengamos al campo propio del retrato, que está, sin duda, en la Escultura, la Pintura y la Literatura. Estas tres bellas artes, cada una por sus medios y procedimientos distintos, se proponen y consiguen copiar, reproducir las obras de la creación y las engendradas por la mente, con una verdad y una riqueza de detalles, que á veces, y cuando el artista se llama Fidias, ó Velázquez, ó Shakespeare, al contemplar sus obras, sentimos la propia ó mayor emoción, si cabe, que ante el natural mismo, y en la educación del sentimiento, que es, á mi juicio, el objeto trascendental de las bellas artes, alcanzan un poder á que no llegan las

obras naturales. La Escultura realiza, mediante el bulto y la línea, vigorosísimamente la concepción del artista. Mi malogrado amigo el escultor Figueras, que aconsejaba apreciar las esculturas por la vista y por el tacto, decíame que, estudiando la escultura, apreciándola y saboreándola, por decirlo así, llegaba á producir en el ánimo una emoción estética superior á la que producen las demás artes del diseño, y aunque en esto pueda haber algo de exageración, natural en el que era escultor, y escultor cuya mente ideaba mucho más que lo que sus manos ejecutaron, yo creo que sus afirmaciones tenían mucho de verdaderas. Otro amigo mío, queridísimo y malogrado también, el insigne, el inolvidable poeta Ayala, decía, á su vez, que hallaba algo de milagroso en la Pintura, la cual, en una superficie y empleando la línea, el claro-oscuro, el color, acertaba á fingir, con toda la apariencia de la verdad, el relieve, la distancia, el ambiente, la expresión, el

alma, en fin. En cuanto á la Poesía, que dispone á su antojo del tiempo y del espacio, puede decirse que construye, esculpe, pinta, canta, todo lo encierra y alcanza á todo, porque no hay en el mundo exterior ni en el mundo de la conciencia nada que no pueda ser artísticamente representado por ese flexible, omnipotente instrumento que se llama la palabra.

El retrato, pues, tiene en estas tres bellas artes, como acabo de decir, su verdadero campo de acción, especialmente tratándose de la figura humana. Antes de ocuparnos de cada una en particular, digamos algo de los principios generales comunes á todas ellas y que con el retrato se relacionan.

Producir la imagen del hombre es sin duda el objeto más alto y más noble del arte. *Goethe* ha dicho que "la presencia del hombre, su rostro, su fisonomía es el

mejor texto de cuanto acerca de él puede decirse, y *Sulzer* en su *Teoría de las Bellas Artes*, ha hecho la siguiente observación: "de todos los objetos que constituyen nuestros conocimientos ¿hay alguno más interesante que el alma dotada de pensamiento y de sentimiento? Está, pues, fuera de duda asimismo, que la forma del hombre, haciendo abstracción de lo maravilloso de su hechura, es el más interesante de los objetos visibles." El notable pintor Stevens, en un precioso opúsculo recién publicado <sup>6</sup> dice que "la obra maestra de Dios es la figura humana. La mirada de una mujer tiene más encanto que el horizonte más bello de un paisaje ó una marina, y más atractivo que un rayo de sol." El creador del arte de la *Fiognomonia*, el célebre *Lavater* <sup>7</sup>, dice por su parte: "Todo retrato bien hecho es un cuadro interesante, porque da á conocer el alma y el carácter de un individuo particular. Contemplándole vemos á éste pensar, sentir y juzgar. Percibimos en él el

carácter propio de sus inclinaciones, de sus afectos, de sus pasiones: en una palabra, de las buenas y las malas cualidades de su corazón y de su espíritu, y á este respecto el retrato es aún más expresivo que la naturaleza, en la que todo no es sino una sucesión rápida de movimientos variados hasta lo infinito...„

Necesita, pues, el artista, para llegar á hacer un buen retrato, tener el dominio completo de los medios y procedimientos del tecnicismo especial de su arte y al mismo tiempo poseer un conocimiento exacto y completo del hombre, á que no se llega sino mediante el estudio filosófico del sér humano, así como también de la estructura, la proporción, el engranaje, el juego de todas las partes del cuerpo humano y especialmente del rostro, con las infinitas variaciones, algunas tan sutiles y delicadas que requieren para ser percibidas una especie de microscopio intelectual. En el estudio constante y profundo de la naturaleza es donde el artista

puede adquirir esos conocimientos. Ya lo dijo el más sabio de nuestros artistas y acaso de los de todo el mundo, el inmortal *Pablo de Céspedes*, cuando aconseja: "Busca en el natural." Quien sabe buscar y busca, halla, y el hallazgo es bueno. Un buen retrato acusa siempre á un buen artista.

La primera condición del retrato es que sea fiel. "Quien retrata, dice *Melo*, tan fielmente debe pintar el defecto como la perfección." Pero esta fidelidad, no es ni puede ser meramente la fidelidad material. Es preciso que el retrato artístico represente de tal modo las facciones, que por ellas se venga en conocimiento del temperamento, del carácter, de la idiosincrasia, del alma de la persona retratada, y si esto no aparece en la obra de arte, bien puede decirse que la obra no es buena. Para ello debe el artista hacer un estudio completo y perfecto del modelo, y subordinando lo que es común á todos á lo que es típico y característico de la

persona á quien vaya á retratar, fijar los rasgos propios de ésta, de tal modo que resulten siendo lo más importante, lo que hiera más el ánimo del espectador. Al realizarlo pone de su parte el artista algo suyo, su ejecución, su estilo, de modo que los mejores retratos que nos han legado los maestros tienen para nosotros el doble interés, el atractivo doble de la vida inmortal del personaje retratado y el que inspira siempre el genio imperecedero del retratista, y así se observa que retratos de personajes que en la realidad pasarían para nosotros desapercibidos, llegan á ser por el arte origen de profunda emoción estética. Vosotros tenéis de seguro, como tengo yo, muchos personajes á quien no hemos conocido, con quien nada nos liga, y que son sin embargo nuestros amigos, porque el artista que los reprodujo nos los ha dado á conocer y nos los ha hecho amar.

El estudio fisionómico del modelo, que para ser penetrante ha de ser profundo,

es lo que produce el conocimiento del personaje, porque ya lo dice el proverbio, ese axioma de la sabiduría popular: "la cara es el espejo del alma." Todos llevamos en el rostro el sello de nuestra personalidad, aunque los que no discernen ni analizan sólo vean los rasgos de más bulto, que no siempre son los que verdaderamente caracterizan; pero la mirada escrutadora del verdadero artista se apodera del rasgo sutil que revela el modo de ser íntimo. Y ese rasgo existe siempre en el fondo, digámoslo así, de la expresión, porque como los sentimientos, las ideas y los impulsos de la voluntad de cada persona son constantes y permanentes, por eso son característicos y guardan relación de causa y efecto con la forma y el aspecto físicos, tanto en la configuración de la parte sólida de nuestra naturaleza, como, sobre todo, en las facciones donde, por la flexibilidad y movilidad de éstas, quedan á la larga impresos los repetidos afectos del ánimo. El verdadero

artista llega á apoderarse de esos rasgos no sólo analítica, sino sintéticamente, porque la naturaleza es infinitamente varia, y al propio tiempo sumamente armónica, y jamás produce la expresión en un solo y exclusivo rasgo del rostro, sino en el conjunto de los que constituyen la personalidad. Y ese es el mérito y esa la gloria del artista: fijar y hacer permanente lo que es fugitivo, la vida y la forma; triunfar de la muerte con el genio.

Una de las ventajas que, á mi juicio, lleva consigo esta teoría estética del retrato, es la de que puede representarse á un personaje determinado, de manera que revele perfectamente cuanto haya realizado ó pueda realizar con sus hechos en su vida. No es que yo crea, con Lessing, que “el retrato es el ideal del hombre,,” y menos que ese ideal sea el de algunos adocenados pintores del siglo xviii, que dieron en la ridícula manía de retratar á todas las mujeres con ojos grandes, boca pequeña y mejillas sonrosadas<sup>8</sup>, no; lo

que yo digo es que Apeles no hubiera representado á Alejandro con la expresión del temor, ni un busto de César se comprende revelando desaliento, ni bondad uno de Nerón ó de Calígula, por más que en algunos, en muchos momentos de la vida de estos personajes, sintieran y revelaran exteriormente, Alejandro miedo, César indecisión y Nerón ó Calígula ternura. Lo típico no es lo común, lo característico no resalta siempre, sino algunas veces. Por lo demás, este no es problema irresoluble para el verdadero artista: yo no conozco ningún rostro más feo ni más bello á un tiempo que el del Esopo de Velázquez, modelo de verdad y de naturalidad exquisitas.

Y ya que de verdad y de naturalidad hablo, no quisiera dejar de deciros que nada de lo que llevo apuntado se opone, ni contradice, antes bien confirma la conveniencia de evitar amaneramientos. Los retratos deben representar á las personas como sean habitual y naturalmente en ac-

titud y expresión, evitando sobre todo la que un escritor llama "risa estúpida que parece clavada". Diderot ha dicho esto mismo de esta manera gráfica y graciosa: "Un retrato puede tener aspecto triste, sombrío, melancólico, sereno, porque esos estados son permanentes; pero un retrato que se ríe, carece de nobleza y de carácter, y muchas veces hasta de verdad, de donde resulta que es una tontería."

Mucho más pudiera decirse acerca de los principios generales que constituyen la teoría estética del retrato y las reglas fundamentales de su parte técnica y práctica; pero esto daría lugar á una larguísima disertación, mejor dicho, exigiría una serie de extensos discursos, y no es eso lo que yo debo, ni puedo hacer. Además de que vosotros tampoco lo necesitáis. Pasemos pues, á historiar ligeramente este género de arte, comenzando por indicar su origen, su causa, el estímulo que le hizo nacer y progresar y le hace vivir: y siguiendo por su desarrollo en la Escultura.

El amor, origen de todas las ideas fecundas y de todas las grandes acciones, pues según la hermosa frase de Alfredo de Vigny: "*les grandes pensées viennent du cœur,*" — el amor ha sido, indudablemente, el origen del retrato, y por eso la poética leyenda griega refiere que el primer retrato lo hizo la hija de un alfarero de Sicione, llamada Dibutades, que, deseando conservar la imagen del soldado Polemón, su prometido, que de ella tenía que separarse, trazó su retrato sobre la pared, siguiendo con carbón los contornos que formaba la sombra proyectada por el perfil de su amante al interceptar la luz de una lámpara. El padre de la joven cubrió ese contorno con barro, que puso luego á cocer en el horno, adquiriendo así consistencia la imagen. Esta leyenda bellísima y esencial y profundamente verdadera, aunque en la realidad pueda ser imaginaria, parece dar á entender también que el retrato escultórico es, históricamente considerado, el primero.

Válese la Escultura de la tierra, del yeso, del marfil, de la madera, del mármol, de las demás piedras, incluso las preciosas, de muchos de los metales puros ó en aleación, siendo la más importante de éstas el bronce. Alguien ha dicho que, en Escultura, "el barro es la vida, el yeso la muerte y el mármol la inmortalidad."

En los pueblos de Oriente y en Egipto, la Escultura, formando parte de la Arquitectura, unida, adosada á ella puede decirse, no llegó ni pudo llegar á adquirir la libertad, la independenciam necesarias para producir verdaderos retratos; así que las estatuas y bajo-relieves de aquellos pueblos no son naturales, sino simbólicos, como se nota en la efigie de *Ra-Em-Ke*, de madera, y la estatua en basalto de *Echephren*, que se conserva en el museo del Cairo; la estatua del rey *Asurbanipal* del museo Británico y la del museo del Louvre y el bajo-relieve de Jerjes en su trono. Hay que llegar á los griegos para encontrar la Escultura en su

mayor desarrollo, en un punto tal de perfección á que después no ha llegado, y del cual puede decirse que no es posible que pase. *Ageladas*, de Argos, y sus discípulos el incomparable *Fidias*, *Miron* y *Policletes*, *Canaco* de Sicione, y más tarde, como representantes del arte ático, *Escopas* y *Praxiteles*, algunas de cuyas obras inmortales son todavía admiración del mundo, hicieron llegar la representación escultórica de la figura humana al último punto de perfección, que, no admitiendo ya progreso, tuvo que declinar y decaer, según la eterna ley de la naturaleza, con *Chares*, *Agésandro*, *Atenodoro*, *Polidoro* y otros de la escuela de Rodas. Es claro que el retrato entre los escultores griegos fué, en cierto modo, siguiendo el desenvolvimiento del arte, si bien no llegó á adquirir todo su desarrollo en la época de la grande Escultura, que se consagraba á los dioses, á los semidioses y á los héroes, más bien que á los contemporáneos vivos. Tarde se in-

trodujo en Grecia el uso de reproducir la imagen de personas conocidas. Medio siglo escaso antes de las guerras con los medos fué cuando se comenzó á erigir estatuas á los atletas vencedores en los juegos olímpicos, pero estas estatuas sólo tenían del personaje el nombre, la actitud y algún atributo, y sólo á los que habían sido tres veces vencedores se les levantaban estatuas *icónicas*, es decir, con semejanza, ó sea retratos. Fuera de éstas, las estatuas honoríficas más antiguas fueron, entre los griegos, las de *Cleobis* y *Biton*, modelos de piedad filial, y las de *Harmodio* y *Aristogitón*, adalides de la libertad. Más tarde se introdujo la costumbre de colocar en los templos y aun en las calles estatuas de los ciudadanos, levantadas por la amistad ó la admiración, que las multiplicaron prodigiosamente, poniéndolas, para que fuesen respetadas, bajo la protección de los dioses. El sentimiento de la belleza, innato en los griegos, hacía que sólo se reprodujeran

las figuras bellas, y así se comprende que el rey de Esparta, *Agesilao*, que era giboso, no permitiese nunca la reproducción de su figura.

Desde la época de *Alejandro el Grande*, de quien era, como ahora se diría, escultor de cámara *Lisipo*, hiciéronse de él y de sus sucesores innumerables bustos y estatuas, unos con carácter individual y sin salir de los límites de la naturaleza, otros típicos y simbólicos, añadiéndoles los cuernos de Júpiter Ammon ó la clava de Hércules. Los reyes griegos de Oriente y los reyes macedonios sucesores de Alejandro, hicieron hacer infinitos retratos, que después fueron destruidos en su mayor parte por la guerra, sobre todo los de bronce. Los bustos de monarcas y personajes célebres, como Homero, Menelao, Sócrates, Platon, Aristóteles, Sófocles, Demóstenes, Herodoto, y tantos otros que hoy se conservan en los museos de Europa, deben su origen á los *hermes*, especie de vasos cua-

drados de barro sobre los cuales se colocaban las cabezas de las divinidades en la primera época de la Escultura. Esos bustos abundaban en Grecia, donde se usaba ponerlos de adorno en las bibliotecas.

Entre los etruscos, rama desprendida del árbol poderoso de la magna Grecia, era costumbre representar los antecesores de cada familia mediante máscaras de cera, que se conservaban en la habitación principal de las casas, y de ella tomaron los romanos el uso de los *canopes* ó vasos con cabeza humana, las imágenes en cera, las figuras mortuorias de barro cocido, y luégo los bustos y estatuas de mármol y de bronce, numerosísimos en templos, casas y palacios á fin de la República, y más numerosos aun bajo el Imperio. De tal manera se multiplicaron los retratos escultóricos, que hasta fueron siguiendo los caprichos de la moda, y así como ahora modifican las señoras sus peinados, entonces se hacían pelucas movibles de mármol para colo-

carlas en las estatuas de las damas romanas, según lo que hoy llamaríamos el último figurín.

La Edad Media nos ha dejado bellísimas estatuas en los hermosos templos góticos<sup>10</sup>, y admirables retratos en los monumentos sepulcrales, y el Renacimiento y la época moderna han aumentado de un modo indecible el retrato escultórico, haciendo uso la Escultura de todos los materiales y de todas las formas.

*Nicolás y Juan de Pisa, Lucas della Robbia, Lorenzo Ghiberti, Donatello*<sup>11</sup>, *Verocchio, Miguel Angely* más tarde *Juan de Bolonia y Pedro Tacca*, de quien nosotros poseemos la bellísima estatua ecuestre de Felipe IV, representan en Italia el renacimiento de la Escultura, como la representan entre nosotros *Berruguete* y otros maestros castellanos, y *Montañés y Zarcillo* y muchos más, de quienes se conservan algunos bellos retratos, entre los cuales recuerdo el precioso busto de Juanelo Turriano, obra de *Berruguete*,

que existe en el museo provincial de Toledo. Más modernos son *Thorwaldsen*, *Conova*, *Schlöter*, *Shadow* y *Rauch*, *Puget* y *Girardón*, y entre nosotros el gran Álvarez, todavía poco conocido y estimado en España, á pesar de su extraordinario mérito. Entre los contemporáneos, distínguense los franceses, que á juicio de un peritísimo compatriota, son hoy mejores escultores que pintores. El retrato en escultura cultívase hoy en Francia con éxito.

Las monedas <sup>12</sup>, medallas y camafeos han servido también para reproducir la imagen de reyes y personajes, después de haber dado la imagen de las divinidades de cada pueblo, siguiendo los pasos que daba la Escultura. “Al rey, dice el proverbio, se le conoce por la moneda..”

Los museos de Europa, especialmente el Capitolino de Roma, el Británico de Londres, el del Louvre en París, el de Nápoles, el de Berlín y otros muchos encierran magníficos bustos y estatuas.

Largo y aun ocioso sería enumerarlas, pero no puedo resistir al deseo de recordaros los hermosos bustos de Homero, de Sócrates, de Julio César, de Augusto y de los demás emperadores romanos, así como las estatuas de Agripina y de Menandro, de Sófocles, Demóstenes y tantas otras de primer orden que existen en Roma; como el busto de Alejandro y la serie de los de emperadores romanos que se admiran en París; los bustos de Augusto, Marco Aurelio y otros que hay en Londres; y los de Séneca y Aníbal de Nápoles, donde llama poderosamente la atención asimismo el del Dante, en bronce, que parece vaciado del natural.

También nosotros tenemos en la pequeña, pero preciosa, sección de Escultura de nuestro museo del Prado, en el Arqueológico y en el de reproducciones artísticas, conocido por el *Casón*, así como en los de provincias y aun en colecciones particulares, bellísimas é importantes muestras de lo que la Escultura ha pro-

ducido en punto á retratos. Yo he pasado largas y deliciosas horas contemplando y estudiando esas obras admirables; vosotros las habréis pasado también, y es seguro que os proponéis renovar tan puras y hondas emociones estéticas, que enseñan y deleitan á un tiempo mismo.

De entre las preciosidades que guardamos en nuestro Museo de Escultura, recuerdo, porque es de lo que más me ha impresionado, el busto en mármol de una dama romana (núm. 27) de un realismo y una delicadeza extraordinarios. La expresión de la boca, sobre todo, es tan fina, tan natural, tan expresiva, que es un encanto. Otro busto de hombre (número 388), á pesar de ser del color uniforme del mármol, dorado por la patina del tiempo, me ha producido la impresión de que el personaje en él representado tenía los ojos azules y el cabello y la barba rubios: ¡de tal modo se ve en él copiada la armonía que la naturaleza pone en todas sus obras y que hace que el color co-

rrresponda á la forma en el sér humano! Hermosas son también las estatuas de *Augusto* y de *Tiberio*, en ágata y bronce dorado; y bellísimas las de bronce y mármol de *Carlos V* y *Felipe II*, el busto en mármol de este monarca y los bajo-relieves en mármol del emperador *Carlos V* y la emperatriz *Isabel*, su esposa, obra de aquellos artistas milaneses, padre é hijo, *León* y *Pompeyo Leoni*, que poseían en el más alto grado el exquisito gusto del Renacimiento <sup>13</sup>.

En el Museo arqueológico podéis ver, entre otras muchas preciosidades, los magníficos bustos en bronce de *Tiberio* y de *Séneca*, sobre todo este último, que es “de lo más hermoso y perfecto que ha producido el realismo escultórico de la época romana.” En la sección numismática hay joyas inapreciables, algunas de ellas únicas en el mundo. A más de dos camafecos, notables por su magnitud y su belleza, existen en la colección de monedas y medallas preciosísimos ejem-

plares de lo que es el retrato en esta rama de la Escultura. Sólo os citaré, porque son las más culminantes, en la serie de monedas griegas, donde las hay bellísimas de *Alejandro* y de los demás reyes de Macedonia, Tracia, etc., una tridracma con el busto de *Perseo*, que asombra por su perfección: yo creo que jamás se ha llegado, ni es posible que se llegue, á superarla; una hermosísima medalla de plata del *Pisano*, ejemplar único en el mundo, en cuyo anverso campea el retrato del rey *Don Alfonso*: como está hecha el año de 1449 pertenece á los comienzos del apogeo del Renacimiento; otra medalla en bronce de *Francisco Fernández de Liévana*, obra de *Leoni* en 1556, que es un prodigio de verdad y de fineza <sup>14</sup>.

En el Museo de reproducciones artísticas, cuya creación honra á los que la han concebido y llevado á cabo, pueden admirarse las estatuas de *Demóstenes*, *Aristides* ó *Eschilo*, *Sófocles* y la Aquilea de

*Augusto*, así como gran número de bustos, entre los cuales recuerdo, porque me ha dejado profunda impresión, por la vida y la expresión que encierra, el de *Julio César* <sup>15</sup>.

No puedo ni debo dilatar más esta conferencia, ya sobradamente larga y acaso enojosa. Mi entusiasmo por las Bellas Artes me ha llevado, insensiblemente, á este abusivo exceso, que os ruego me perdonéis. Ahora lo conozco, ahora que os hablo de tantas obras maestras, cuya contemplación os dirá mil veces más que mi palabra incolora y el escaso caudal de mis conocimientos en esta vastísima, inagotable materia.





## II

### El retrato pictórico.

SEÑORAS Y SEÑORES:

**S**i difícil era para mí, y ante vosotros, que sois tan competentes en Bellas Artes, tratar del concepto general del retrato y del retrato escultórico que fué el tema de mi anterior conferencia, juzgad el temor que sentiré hoy, que he de ocuparme del retrato pictórico, dirigiéndome á un auditorio compuesto en su mayor parte de pintores, todos distinguidos y algunos hasta célebres en el mundo. Mas para que sigáis propicios á

la benevolencia conmigo, figuraos, como yo me figuro, que esta conferencia mía tendrá algo de lo que tienen esas conversaciones en que el que ha estado de paso por una población habla de ella con quien en ella nació, y la conoce perfectamente, mejor, mucho mejor aun que su interlocutor, y sin embargo, gusta de oír á éste citar sitios y personas cuyo recuerdo no puede menos de serle grato é interesante.

Como la antigüedad tuvo su leyenda escultórica del retrato, que os traje á la memoria en mi primera conferencia, tiene tambien la época moderna su leyenda pictórica, no menos llena de poesía, acerca de este mismo asunto. La poderosa y genial imaginación de un poeta norteamericano, el gran *Edgardo Poe*, en poquísimas pero preciosas páginas —y apenas conozco yo nada tan breve y tan bello — ha hecho la leyenda del retrato

que voy á referiros, aunque con menos brillantez y menos elegancia. Cuenta Poe que un viajero que, solo y á caballo, llega al anochecer á las puertas de un castillo, pide en él hospitalidad, concédensela y le acomodan en una hermosa habitación señorial. A pesar de la fatiga, no puede conciliar el sueño, y vagando con la vista desde el lecho, donde yace, fijase en un punto del muro que tiene enfrente y donde la luz de su lámpara se concentra, y ve, dentro de dorado marco, una cabeza de mujer bellísima, tan llena de expresión y de vida, que no parece pintada, parece que alienta, que va á moverse, que va á hablar. Después de contemplarla absorto largo tiempo, busca la explicación de aquel retrato en la guía descriptiva del ya solitario castillo, y lee que su último señor habíase enamorado locamente y se había unido en matrimonio á una joven hermosísima. Dividían su alma dos pasiones: la pasión de aquella mujer y la pasión de la pintura, y para satisfacerlas á un tiem-

po, convirtió en estudio una cámara alta de su palacio y encerrado allí con su compañera mientras duraba la luz del día, dedicóse con ardor inextinguible, con afán incansable, á pintar el retrato de su amada. Según adelantaba el retrato, iba la joven palideciendo, iba perdiendo fuerzas y vida, hasta que llegó el retrato á ser su imagen perfectísima, y un instante después, al dar el enamorado pintor la última pincelada, exhaló ella el postrer aliento: la vida, dice *Poe*, había pasado del modelo al retrato <sup>16</sup>. ¿Conocéis nada más bello, nada más profundo, nada que encierre y resuma mejor los principios filosóficos en que se funda el arte difícilísimo del retrato? <sup>17</sup>.

Siguiendo el plan que me he trazado al desenvolver mi tema, os diré algo de la historia del retrato en pintura.

Apenas si nos queda más que el recuerdo, por los escritores griegos y ro-

manos, de lo que en Grecia fué la Pintura; que no puede buscarse más allá en los fastos del arte, porque la representación pictórica de la figura humana no adquiere importancia hasta los griegos. *Polignoto* de Thasos y sus contemporáneos *Micon* y *Paneno*, hermano de Fidias, son los primeros pintores notables de que nos habla la Historia. La Escultura, llegada á su apogeo, influía en ellos, como es natural, y se ocupaban preferentemente del dibujo, es decir, de la composición y de la línea. El primer colorista fué *Apolodoro*. “*Apolodoro*, dice *Plinio*, abrió las puertas del arte, y *Zeuxis* penetró por ellas.” *Zeuxis*<sup>18</sup> y su rival *Parrasio* llenaron el gran siglo de Pericles, siguiéndoles de cerca *Timanto* y *Eupompo*: pero á todos los hizo olvidar *Apeles*, cuya fama aun dura y durará siempre como del pintor más grande de la antigüedad. *Apeles* fué también el primer pintor de retratos. De Alejandro hizo muchos, que debieron ser magníficos — á pesar de la censura que

de su colorido hace Plutarco — porque el gran pintor griego — que no debía contentarse con cualquier cosa, y que teniendo verdadero genio, la sed inextinguible de la jamás lograda perfección, característica del genio, habíale de hacer encontrar defectos en sus obras — el gran pintor griego dicen que solía decir: “Dos Alejandro hay: el uno invencible, hijo de Filipo; y el otro inimitable, hijo de Apeles.”

En comprobación de cómo retrataba Apeles os recordaré la anécdota que de él se refiere. Siendo Ptolomeo general de Alejandro, había tenido con Apeles algún disgusto, y más tarde, cuando ya reinaba en Egipto, y habiendo naufragado el gran pintor en las costas de Alejandría, un bufón de Ptolomeo, que quiso darle una broma, le invitó á comer con el rey, como si fuera de parte de éste. Apeles extrañó el convite, pero pareciéndole que no podía dejar de aceptarlo, fuése á palacio, donde el rey le recibió bastante mal, pre-

guntándole que quién le había llamado. Ignorando Apeles el nombre del bufón, cogió un carbón y dibujó su retrato en la pared. Ptolomeo no pudo contener la risa, y acabó por reconciliarse con Apeles. Esta anécdota ha sido reproducida por Hoffman en su cuento titulado *Salvator Rosa*.

Los romanos, que tuvieron arquitectos y escultores, puede decirse que no tuvieron pintores, y sólo ha llegado hasta nosotros el recuerdo de una mujer, *Lala de Cysico*, artista griega que en el último siglo de la república romana adquirió cierta reputación como retratista. Una curiosa noticia se halla en Plinio, y es la del colosal retrato que Nerón tuvo el capricho de que le hicieran en un lienzo de 120 piés de altura. Este retrato fué destruído por el rayo; y fuera del interés arqueológico que para nosotros pudiera tener su conservación, yo no me atrevo á lamentarla desde el punto de vista artístico, porque no creo que la belleza ni aun

la grandiosidad de las obras de arte estén en su tamaño.

El arte bizantino, el románico, el ojival, no sé yo que hayan producido en la pintura de retratos nada que merezca recordarse, y hasta la luminosa aurora del Renacimiento, que despunta en Italia con *Cimabue* y con *Giotto*, no se halla nada memorable en este género de pintura. Vasari dice de Giotto, que "imitador de la naturaleza, resucitó el arte de pintar el retrato, que hacía algunos siglos no se practicaba.,"<sup>19</sup> De él, en efecto, se conservan el retrato de su amigo el inmortal poeta florentino Dante Allighieri, en el que resplandece la sinceridad con que aquel grande artista trataba de interpretar la naturaleza, y el de Beatriz, la amada del Dante, estímulo de su genio, inseparable compañera suya, aunque sólo en la mente, y cuyo retrato no es por cierto de las mejores obras del Giotto.

En ninguna de las Bellas Artes se ha revelado más el Renacimiento que en la

Pintura, que puede decirse que es la expresión artística de esa época del desenvolvimiento humano, como la Escultura lo fué de la Grecia, y la Música lo es de nuestros días. Así es que Italia, donde la civilización ha posado ya dos veces tomando alientos en su luminoso viaje de circunvalación de nuestro planeta, Italia tiene varias escuelas de Pintura, á cuya cabeza figuran artistas de inmensa valía, y que todos, al mismo tiempo que grandes composiciones religiosas é históricas, nos han dejado hermosísimos retratos, que en verdad son también páginas de la Historia: unos por representar personajes famosos, y otros por caracterizar la época en que fueron pintados.

El gran maestro de la escuela florentina, *Leonardo de Vinci*, tenía necesariamente que ser un gran pintor de retratos, porque era hombre de ciencia, era poeta, era músico, porque penetraba, en fin, la esencia, y poseía el exquisito gusto de la forma en grado eminente. Las cabezas

todas de su famoso *Cenáculo*, hoy por desgracia casi destruído, eran, como todos sabéis, retratos del natural. Compruébalo una anécdota curiosísima. Había pintado Leonardo todas las cabezas de los personajes de la *Cena*, menos la de Judas; pasaban días y meses sin que el pintor se ocupara al parecer de ese personaje de su obra, y el prior de la comunidad, deseoso de habilitar el nuevo refectorio, cuyo muro principal ocupaba la *Cena*, se dirigió al gran duque Ludovico Sforza para que excitara á Leonardo á terminarla. Al hacerlo así Ludovico, contestóle Leonardo: “ A V. A., señor, que tanto conoce el arte, puedo decirle la verdadera causa por que, á pesar mío, no he terminado mi obra. Hasta ahora no he encontrado un buen modelo que retratar en el personaje de Judas. Yo bien sé quién pudiera servirme; pero no puedo utilizarle, y no quiero pintar de memoria.” “ Pues ¿quién podría ser ese modelo? — preguntó Ludovico. — Y Leonardo con-

testó: " el único que hasta ahora he encontrado es el mismo prior, y ya ve V. A. que vale más esperar hasta hallar otro <sup>20</sup>. „ A pesar de que la fatalidad parece haberse complacido en destruir las obras del jefe de la escuela florentina, todavía quedan en el museo del Louvre dos admirables retratos suyos de mujer: la *Belle Ferroniere*, la última famosa querida de Francisco I, y el de Mona Lisa, conocida por la *Gioconda*. Curioso es lo que dice Vasari de la manera cómo pintó Leonardo este último retrato.

De aquel coloso del arte que se llamó *Miguel Angel*, pocos retratos se conocen: yo he oído hablar, aunque no lo he visto, del de Victoria Colonna, la célebre viuda á quien el Buonarotti consagró el único ardiente y platónico amor de su alma; y es famoso el de aquel Cardenal á quien pintó entre los condenados en su célebre *Juicio Final*, y que habiéndose quejado por ello amargamente al Pontífice, éste le contestó: " Si Miguel Angel te hubiera

puesto en el purgatorio, yo podría sacarte; pero del infierno no me es posible.” Del divino *Rafael*, príncipe de la Pintura, dicen sus apasionados biógrafos, que fué también el primer pintor retratista del mundo, y aunque pueda considerarse esta opinión exagerada, la verdad es que sus inimitables vírgenes son otros tantos retratos de la *Fornarina*, y que los de Julio II y León X, el de Juana de Aragón, el suyo propio, sin contar los que poseemos nosotros reproducidos en el museo del Prado, — un Cardenal, el de Andrea Navajero y el de Agostino Beazzano,—le acreditan de eminentísimo retratista.

Pero donde la pintura de retratos llegó entre los italianos á su apogeo, fué en la gran escuela veneciana. El jefe de ella, el incomparable colorista *Tiziano*, pintó muchos y prodigiosos retratos, de que están llenos los museos de Europa. Para ceñirme á los que nosotros tenemos la fortuna de poseer, os recordaré los dos del gran emperador Carlos V, el uno á pie y el

otro á caballo; en ellos no solamente se ve la arrogante figura del César, sino su temperamento ardiente, su carácter de hierro, su vasta inteligencia, el alma toda de aquel hombre extraordinario, que fué el primer monarca de su siglo; como en los de su hijo Felipe II, el del duque de Ferrara, y el de Tiziano mismo, se ven los personajes representados con tal vida, que no parece sino que van á moverse y á hablar.

Del *Tintoretto*, de *Veronés*, de *Porde-  
none* y de otros grandes maestros de la misma escuela, consérvanse admirables retratos, en los que puede estudiarse cómo se caracteriza con el color, que es su cualidad más saliente, y mediante la cual obtenían los venecianos la expresión y el carácter <sup>21</sup>. De aquella escuela procede también un grandísimo pintor, *Doménico Theotocòpuli*, más conocido por el *Greco*, de quien ya nos ocuparemos. Pablo Veronés pintó en su famoso cuadro *Las Bodas de Caná*, los retratos de la reina

María de Inglaterra, Solimán II, Victoria Colonna, Carlos V, el Tiziano, el Tintoretto y el de sí mismo <sup>22</sup>.

Al frente de la escuela germánica figura el Rafael del Norte, el gran *Alberto Durer*, pintor retratista de primer orden, como lo revelan los retratos de Miguel Wohlgemuth, que se conserva en Munich, el del emperador Segismundo, en Landau, el de Maximiliano I, en Viena, el de un hombre como de cincuenta años que tenemos en nuestro Museo, y varios suyos, uno de ellos, que según es fama, poseía Rafael y que heredó Julio Romano, quien se cuenta que solía decir, que era la mejor obra pictórica que poseía. En el museo de Munich existe uno, fechado en 1500, con una inscripción latina que dice: "Yo Alberto Durer de Nuremberg, me he representado á mí mismo con mis propios colores á la edad de veinte y ocho años." El que nosotros poseemos en nuestro rico museo del Prado, es, á mi humilde juicio, auténtico, aunque haya quien lo ponga en

duda. Considérolo yo de mano del mismo Durero, porque en aquel ya exquisito dibujo, se ve el espíritu del sublime autor de *La Melancolía*, y además la letra de la inscripción, que dice ser aquella su propia imagen á los veinte y seis años, es sin duda de puño de Durero <sup>23</sup>.

Prescindiendo de otros pintores de la escuela germánica, que son dignos de estudio, y cuya enumeración no consiente este ligero trabajo mío, voy á hablaros, aunque sea poco, mucho menos de lo que yo quisiera, infinitamente menos de lo que su extraordinaria importancia en esta materia exigiría, voy á hablaros de un pintor que está á la cabeza de los pintores retratistas, y que de no haber existido el jefe de la escuela española, no tendría rival en el retrato. Me refiero á *Holbein*, retratista prodigioso por la profundidad que revela de observación y conocimiento del sér humano en sus infinitos aspectos, por la pasmosa exactitud y verdad con que reproduce la naturale-

za en sus lineamientos más sutiles y difíciles de coger y de representar. Yo no he tenido la suerte de ver los retratos de Holbein, muchos de ellos dibujos á tres colores, que se conservan en Basilea: de ellos, especialmente del de una joven— que debe ser Ana Maier, —he oído hablar con entusiasmo pocas noches ha, como de una obra capital de arte <sup>24</sup>. He tenido, sí, la fortuna de ver en Inglaterra algunos de los retratos de Holbein, que allí pasó la última parte de su vida, y la he tenido también de admirar los lienzos que de este maestro conserva el museo del Louvre: allí descuella entre otros el de aquella reina mujer de Enrique VIII, obra de la cual dice Stevens: „ un dedo del retrato de Ana Bolena, por Holbein, es tan enérgico como un retrato completo de Franz Hals. „ En el Louvre está el retrato de Erasmo, ante el cual se entusiasmaba Lavater, ante el cual yo he pasado horas olvidándome de las personas vivas que pasaban á mi lado, absorto

ante la vida que hay en aquel lienzo. Allí también está el estudio de las manos de Erasmo, que Holbein hizo para el retrato, pues bien sabía él que la mano — y eso que dicen que él pintaba con la mano izquierda — tiene *una expresión que pertenece á la fisonomía*; y allí también el de Ana de Cleves, que es otra maravilla.

En nuestro museo del Prado sólo se conserva un retrato de Holbein, que representa á un anciano pelirrojo, de ojos pequeños y nariz aporretada, que un gracioso amigo mío llama “nariz de patata.” El personaje es feísimo; el retrato, la obra de arte, es, por la vida y la expresión, bellísima. La ejecución es de una minuciosidad extremada, como la de todas las obras concluídas de Holbein, de quien se ha dicho que tuvo la paciencia de contar todos los pelos de la barba gris del famoso Erasmo y del venerable Tomás Moro; y aun cuando esto no es sino una exageración, expresa su estilo y manera de pintar, que no perjudica cierta-

mente á sus retratos, con los cuales sucede como con el natural: de cerca se ven todos los pelos, todas las arrugas, por pequeñas que sean, y esos filamentos sutilísimos que dan en las pupilas expresión á los ojos; mas según os vais alejando, y como sucede en la naturaleza, los detalles se funden y queda el conjunto en el cual resalta lo más prominente, lo más característico, lo que, por decirlo así, resume al personaje. ¡Honor eterno á Holbein, á este prócer entre los pintores retratistas! <sup>25</sup>.

Entre las escuelas germánicas clasifican algunos la flamenca y la holandesa, más atentos quizá á la geografía que al arte. Descuellan entre los flamencos el fecundísimo, asombroso *Rubens*, el elegantísimo *Van Dyck* y los concienzudos *Antonio Moro* y *Pourbus*. De *Rubens*, jefe de esta escuela, se ha dicho y se ha escrito tanto, que apenas se necesita ya sino nombrarle, y más entre vosotros; pero os recordaré que, según los últimos

catálogos, quedan suyos doscientos treinta y ocho retratos. De su segunda mujer, la bellísima Elena Fourman, pintó quince: el del museo de San Petersburgo es maravillosamente bello: ¡bien se conoce en él que el amor guiaba el pincel del artista! Su discípulo predilecto, Antonio Van Dyck, es considerado como uno de los primeros pintores retratistas del mundo. Su dibujo flexible y elegante, lo fino y exquisito de su colorido, la distinción que encierran todos sus retratos, producen impresión deliciosa en quien los contempla; ejemplo de ello lo tenemos en el museo del Prado con los hermosos retratos de un músico, de Enrique Liberti y de David Ryckaert, el del conde de Bristol y el del propio Van Dyck, que luce allí su interesante cabeza, y otros muchos entre los cuales descuella el de la condesa de Oxford, de quien yo conozco algunos enamorados contemporáneos nuestros. Las manos de la condesa son bellísimas, y todavía parecerían mejores

si no tuvieran tan cerca, como hoy están, las de María de Médicis, en cuyo retrato se ve bien que Rubens fué el maestro de Van Dyck.

De Antonio Moro, que, como otros grandes artistas de su época, estuvo en España, se conservan en nuestros museos preciosos retratos, y de Franz Pourbus, el joven, algunos también muy bellos; pero no puedo detenerme á enumerarlos porque aun tengo que decir dos palabras del jefe de la escuela holandesa, del insigne *Rembrandt*, que puede considerarse como excelente retratista, aunque de él haya dicho el crítico francés Mr. Viardot que *componía* sus retratos, de donde resultaban, en cierto modo, fantásticos. Acaso se pueda aplicar esta calificación á la única obra suya que poseemos en nuestro Museo nacional, y en que, bajo la apariencia de la reina Artemisa, está representada la propia mujer del pintor; pero de seguro no tiene aplicación á las magníficas cabezas de la *Lección de ana-*

*tomía*, tan ricas de verdad, de expresión y de vida, y al retrato de la madre de Rembrandt, del museo de San Petersburgo. *Anna Van Cronenburch* es una excelente retratista de la escuela holandesa: en el museo del Prado existen varios retratos suyos.

Pero dejemos las escuelas extranjeras, porque me llama y nos llama á todos, con las voces del genio y el íntimo sentimiento del patriotismo, nuestra gran escuela española.

El célebre *Antonio del Rincón*, que llena la segunda mitad del siglo xv, y que trajo de Italia los principios de la nueva escuela naturalista del Renacimiento, ha dejado, entre otras obras notables, los retratos de los Reyes Católicos que se hallan en el retablo mayor de la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo, y el del gran humanista Antonio de Nebrija. *Juan de Juanes*, que le sigue en orden cronológico, tiene en el museo del Prado un notabilísimo retrato de D. Luis

de Castelví, señor de Carlete, magnate valenciano del tiempo de Carlos V. Entre estos y nuestros famosos artistas del siglo de oro, hubo dos pintores extranjeros que influyeron en el desenvolvimiento del arte patrio: el flamenco Antonio Moro, de quien ya hemos hablado, y el famosísimo Doménico Theotocòpuli. De Moro fué amigo, y á su lado aprendió mucho, Alonso Sánchez Coello, pintor de cámara de Felipe II, que, dice Stirling, "merecía, hasta cierto punto el nombre de Tiziano portugués, que el rey le dió. Los retratos de este artista, aunque duros y tímidos, cuando se les compara con los del gran veneciano, están llenos de vida y personalidad, y su colorido es brillante.," Su discípulo Juan Pantoja de la Cruz le siguió en el dibujo, aventajándole en la sencillez y en la nobleza.

Pero el *Greco*, que aunque nacido en Grecia y perteneciente á la escuela veneciana, fué un pintor de genio individual

y propio como pocos, y español adoptivo, marcó en nuestra escuela grande influjo, tanto con sus obras, como con sus discípulos Orrente y Tristán. Pintó el Greco gran número de retratos, algunos de los cuales se conservan en el museo del Prado; y á pesar del especial colorido que les distingue y que acaso la naturaleza no presenta, apenas conozco á nadie que más vida y más espíritu infundiera en sus lienzos. Yo no puedo ir nunca á nuestro Museo sin hacer una visita á aquel caballero tan noblemente altivo, que con la derecha mano en el pecho parece indicar la hidalguía castellana que en él se encierra: es un amigo con quien yo he entablado muchos diálogos mudos en que hemos hablado del Greco y de la grandeza artística y la grandeza política de España en aquellos tiempos en que nuestra nación era la primera del mundo. El magno templo del Escorial y los numerosísimos de Toledo guardan gran número de obras de aquel poderoso genio, cuya

imaginación, á veces desequilibrada, ha dejado tan luminosa estela en el arte de la Pintura. Entre todas ellas descuella el prodigioso *Entierro del conde Orgaz*, cuya parte inferior es una serie de perfectísimos retratos, en que pueden estudiarse las más variadas y opuestas expresiones del tipo humano, las figuras más distintas, desde el severo y grave santo obispo, hasta aquel delicioso infante, cuya cabeza cándida y fresca parece estar pintada con rayos de blanca luz y con rosas desleídas: cosa rara en quien parecía pintarla con bilis y con sangre. Y hasta aquella gloria que se ve en la parte superior, tan original y tan extraña, hacen del gran lienzo del Greco una de las obras capitales de la Pintura.

Pero ya es hora de que hablemos del pintor que comparte con Holbein el centro del retrato, del primero entre los pintores españoles, del que, á no temer que se me achacara á fanática exageración del patriotismo, diría yo que había sido y es

aún el primer pintor del mundo. Bien habéis comprendido que me refero al incomparable VELÁZQUEZ. No quiero yo, ni sería posible, ni necesario, hablar menuda y detalladamente de Velázquez y de sus obras, lo cual entre otros muchos ha hecho tan perfectamente el inglés Stirling, cuyos *Anales de los artistas españoles* y cuyo precioso libro acerca de Velázquez todos conocéis <sup>26</sup>. Pero séame lícito recordaros la admirable serie de extraordinarios retratos debidos al pincel del jefe de la escuela española. Cerca de cincuenta poseemos en nuestra gran pinacotea, que constituyen un verdadero tesoro, en que el colosal genio de Velázquez ha representado la humanidad de su tiempo, desde los reyes hasta los bufones, desde el tipo varonil y robusto de aquellos próceres y caballeros españoles que se llamaron el conde-duque de Olivares y D. Antonio Alonso Pimentel, hasta aquellas infantitas delicadas y enfermizas y aquellos bobos, y aquellos

soldados, y aquellos poetas, que venciendo el tiempo y la distancia, parece que van á hablarnos en la sonora y majestuosa lengua de Cervantes y de Quevedo, de Lope y de Calderón. Estudiándolos, se ve y se analiza cómo iba desarrollándose, perfeccionándose y completándose el genio del gran pintor sevillano, porque desde el retrato de Góngora, que pertenece al primer estilo del autor, hasta el suyo propio en el de las Meninas, ese asombroso cuadro que por alguien ha sido calificado de "teología de la Pintura," se nota perfectamente cómo iba Velázquez sondeando los arcanos del arte, eliminando todo lo accesorio y depurando en el gran laboratorio de su mente cuanto abarcaba la clarísima cámara de sus penetrantes ojos; allí separaba y desechaba la escoria con los sutiles reactivos de su alquimia intelectual, y con poquísimas admirables pinceladas trasladaba al lienzo los rasgos típicos, la esencia característica y el alma indivi-

dual de cada uno de sus modelos. Esta es para mí la verdadera diferencia que existe entre Holbein y Velázquez: el primero reproducía la naturaleza tal cual la veía, con todos sus accidentes y todos sus detalles: el segundo presentaba la esencia, el resumen y la cifra del natural; y siendo cierto como yo creo que "mientras más se sabe, según dice Stevens, más se simplifica," no tengo para qué añadir, á quién de ambos toca y corresponde la primacía <sup>27</sup>. Para admiración de las generaciones futuras, dejó Velázquez en la ciudad maestra del arte moderno, en la gran Roma, y entre otros, el retrato del pontífice Inocencio X, tan lleno de verdad y de vida, que al mismo pontífice le pareció *tropo vero* <sup>28</sup>.

Contemporáneos de Velázquez son *Murillo*, *José Ribera* el *Espagnoletto*, *Francisco de Zurbarán* y *Alonso Cano*, estrellas de primera magnitud en el brillante cielo de la Pintura española. ¿Quién no ve admirables retratos en las valientes y

enérgicas cabezas del segundo y en las dulcísimas y brillantes del primero? También lo son muchas de las pintadas ó esculpidas por Cano. Del famoso lienzo de Zurbarán, *Santo Tomás de Aquino*, dice Ceán Bermúdez, que según el manuscrito de Loaysa, el santo es retrato del racionero D. Agustín Abreu Núñez de Escobar. En la interesante colección de la Academia de San Fernando hay una serie de retratos de religiosos que revelan adónde llevó el gran pintor de Fuente de Cantos, villa por él famosa, el arte del retrato.

Una pléyade de discípulos de estos grandes maestros, muchos de ellos notables retratistas, llenan el siglo xvii, siglo hasta el cual ningún pintor se dedicó exclusivamente al retrato, y ya recordaréis los nombres de *Mazo*, *Carreño*, *Mayno*, *Claudio Coello* y tantos otros, á los cuales pudiera aplicarse la frase de Palomino <sup>29</sup> respecto de Carreño: "hizo excelentes retratos y todos tan parecidos que era una

maravilla., Quien lo dude vaya al Escorial y vea en la sacristía del Monasterio las preciosas cabezas, retratos de personajes contemporáneos, que hay en el famoso cuadro de Claudio Coello, llamado *de la Santa Forma*.

Poco puede decirse de nuestros pintores del siglo xviii; casi vale más no decir nada, porque en esa centuria durmió España, rendida al peso de su antigua y perdida grandeza, sueño letárgico. Apenas si merecen mención en la materia de que nos ocupamos, algunas apreciables miniaturas, género menor, aunque lindísimo, del retrato, hoy en completo desuso. En el resto de Europa sólo citaremos á *Mengs*, pintor y retratista entonces célebre y hoy solamente apreciable.

Del apagado hogar de la gran escuela española surgió repentina y sola, á fines del último siglo, la intensa y viva llamada producida por el genio de *Goya*, que en sus retratos hace recordar al gran *Velázquez*; aunque su extraña fantasía, su

personalidad prepotente, le den importancia propia en los fastos del arte universal. Ved la familia de Carlos IV, y mejor todavía los estudios del natural que hizo para aquel gran lienzo, el magnífico retrato de María Luisa que existe en el Palacio Real y que no desdeñaría de firmar el Tiziano, los de la Academia de San Fernando y tantos otros que le acreditan de retratista de primer orden.

Su amigo y contemporáneo D. Vicente López, es también un retratista distinguido. De entre los contemporáneos nuestros, no quiero dejar de mencionar al famoso *Fortuny*, tan tempranamente arrebatado al arte. Yo he visto en Granada dos retratos admirables pintados por él: un viejo en cuyos ojos hay extraordinaria vida y expresión, y que pertenece al señor D. Santiago López Argüeta; y el de una preciosa joven, hija del Sr. Castillo, que, llorándola muerta y no poseyendo retrato alguno de ella, obtuvo de Fortuny que pintara aquella obra maestra, donde,

así como en otros eternizaba la vida, ha fijado y eternizado la muerte. Bien es verdad que Fortuny, según la hermosa y gráfica frase del gran Ayala, "tenía tenazas en los ojos.," De los contemporáneos vivos no quiero hablar, porque todos los conocéis y porque ya ha hablado de ellos alguien que tiene infinitamente más autoridad y competencia que yo <sup>3º</sup>. Séame lícito, sin embargo, citar á nuestro ilustre presidente honorario, el Sr. D. Federico de Madrazo, maestro de la actual generación de pintores españoles, y famoso como pintor retratista.

Pocas palabras puedo ya decir acerca de las escuelas francesa é inglesa, representada la primera por *Juan Foucquet*, iluminador de la biblioteca de Luis XI y buen retratista, *Felipe de Champaigne*, los hermanos *Clouet*, *Mignard*, pintor de cámara de Luis XIV, *Rigaud* y *Largillière*, sus contemporáneos, y sus sucesores *Lattour*, *Greuze*, los *Van Loo* y otros, á quienes sucedieron *David* y *Prudhon*. Tam-

poco hablaré de los modernos entre quienes descuella nuestro casi compatriota, *Leon Bonnat*, que adquirió entre nosotros, y parece haber infundido en Francia, algunas de las cualidades de la escuela española.

La inglesa está representada, en punto á retratos, principalmente por *Reynolds*, *Gainsborough* y *Lawrence*, habiendo gozado este último de universal y justa reputación; no sólo retrató á la familia real y á los personajes principales de Inglaterra, sino á muchos de los que á fines del pasado siglo, y en los comienzos del presente, ocupaban la atención de Europa. Fué tal su fecundidad que parece pintó 516 retratos <sup>31</sup>. Los modernos *Millais* y *Herkomer*, en quienes se ve la revolución y transformación felicísima realizada en nuestros tiempos en la escuela inglesa, han pintado hermosos retratos; y el famoso cuadro de éste, *La última Asamblea*, es en realidad una colección de retratos notabilísimos.

Temeroso de abusar de vuestra benevolencia, diré de pasada, y para concluir, breves palabras acerca del retrato grabado, de la fotografía y de la caricatura.

Comprenderéis lo dentro que está del asunto el *grabado*, recordando la etimología de nuestra voz *carácter*, puesto que esta palabra, tal como suena en castellano, significa en griego *grabado* ó *estampa*. Robustísima y hermosísima rama del arte es esta, en la cual sin duda os habréis deleitado como yo, contemplando tantas obras maestras del grabado en madera, en talla dulce, al agua fuerte y en los modernísimos procedimientos del fotograbado. No puedo entretenerme en analizar sus cualidades ni en hacer su historia: me limitaré á citaros algunas de las preciosidades que, con relacion al retrato, posee la sección de Estampas de nuestra Biblioteca Nacional. Allí he visto, guiado por la inteligencia y el afecto de un amigo muy querido <sup>32</sup>, un precioso grabado de *Felipe Alemán* en que se reproduce el retrato de

Antonio de Nebrija, pintado por Rincón, otro admirable, hecho por *Pedro Perret*, de Lope de Vega, para la edición de 1625 de las *Rimas*, y del mismo autor uno del señor de Alarcón, tomado del original del Tiziano, que parece hermosísima aguafuerte de *Rembrandt*. El cordobés *Alfaro* tiene también otro retrato del mismo personaje, en que se ve más el color del gran veneciano. *Valdés Leal* tiene allí una preciosa aguafuerte, y *Palomino* un hermoso retrato del cardenal Silvio. De *Pedro de Angelis* hay varios. De *Juan Wierix* uno bellísimo, concienzudo, admirable, del célebre Arias Montano. Otro muy notable de sí mismo por *Crisóstomo Martínez*, valenciano. Además de los del famoso *Morghen*, que todo el mundo conoce, está el precioso de Rafael, grabado por *Marco Antonio*, y los de Miguel Angel y Felipe II, de *Julio Bonassoni*, y el de Murillo, por *Collin*. Llama la atención el del príncipe de Viana, grabado en estaño el siglo xv. Del gran *Alberto Durer*

hay uno magnífico de Erasmo y el suyo propio en madera, á los cuarenta y seis años. De una notable artista casi española, *María Engracia de Beer*, cuyo firme buril parece manejado por varonil mano, hay un excelente retrato de Diego Narbona y una curiosa estampa en que se ven reunidos los retratos de Felipe IV con el lema "Casa imperial de Austria, „ el del conde-duque de Olivares con el de "Casa real de Guzmán, „ y entre ambos el del príncipe Baltasar; los tres están unidos por la siguiente leyenda latina, que parece inspirada por la más fina de las sátiras: "*Facit hic utraque unum.* „ Ni es posible dejar de citar en esta rapidísima reseña el retrato del Conde-duque grabado por *Velázquez*, ejemplar único en el mundo, del cual acaba de escribirse una interesante monografía. Heme deleitado también con la hermosa reproducción hecha en Sevilla, bajo los auspicios de su poseedor el Sr. Asensio, del famoso libro de retratos de *Francisco Pacheco*, que todos

conocéis y que á mí me parece una obra de lo más exquisito que en punto á retratos se ha producido en el mundo. Permittedme, para concluir, que consagre un recuerdo á mi malogrado amigo el notabilísimo grabador *Roselló*, de quien poseo un precioso retrato de Van Dyck abierto en acero. Hoy el grabado no produce acaso aquellas obras de arte maravillosas que se llaman *La Melancolia* y *Adán y Eva*, pero el grabado es en nuestra época poderoso instrumento de cultura, sirviendo para difundir y popularizar las obras de arte y los retratos de cuantos por algo se distinguen en la escena del mundo <sup>33</sup>.

Todo lo que el retrato ha ganado en extensión con la *fotografía*, lo ha perdido en profundidad y en belleza, porque los fotógrafos, á quien en sus elegantes versos latinos ha llamado el sabio actual pontífice León XIII “usurpadores de los rayos del sol, „ poco pueden poner de su propio sentimiento artístico — y los menos son verdaderos artistas — en sus

obras, producto, al fin, casi meramente mecánico. La fotografía, aunque se obtuviera directamente coloreada, jamás matará á la pintura, porque ésta penetra en el individuo, y aquélla no pasa de la superficie, porque ésta, en los retratos, puede resumir el sér y la vida toda de una persona, y aquélla sólo presenta un momento, que no suele ser ni el mejor ni el más característico.

De la *caricatura*, esa sátira gráfica ó plástica, sólo diré, por lo que con el retrato se relaciona, que ha llegado á la exageración y al abuso en estos últimos tiempos, hasta un punto que á mí, lo confieso, me repugna. Pocas de esas figuras enanas con monstruosas cabezas, con facciones de personas conocidas y dignas de respeto, pocas tienen verdadera gracia, primera y casi única condición que las haría soportables.

Dentro de la definición y del concepto del retrato está el del *retrato de animales*, en que pudieran citarse obras de pri-

mer orden. Recordad, si no, los caballos y los perros de *Velázquez*, los admirables animales de *Snyders* y otros pintores flamencos y holandeses, el célebre mono de *Rembrandt*, así como los caballos y los perros del inglés *Landseer*, y decidme si no es cierto que son éstos también verdaderos retratos. Y si queréis ver patentemente que no representan esas obras un tipo, sino una individualidad, repasad en la Biblioteca Nacional el curioso album de retratos de toros del pintor *Castellanos*—á quien ciertamente no habréis olvidado—y en el que se nota perfectamente la diferencia característica de uno á otro toro, entre un número considerable de ellos.

Y aquí voy á dar punto, porque no cabe más, ni quizá tanto, en los estrechos límites de una conferencia. Mucho debería decir aún para tratar este asunto tan vasto y tan interesante, pero ni debo ni puedo abusar por más tiempo de vuestra benévola atención. Teniendo en cuen-

ta ambas razones, no os parecerá paradójico ni extraño que os pida perdón por lo que callo y por lo que he dicho.





### III

#### El retrato literario.

---

SEÑORAS Y SEÑORES:

**R**ECORDARÉIS que al fijar el concepto y hacer la definición del retrato en mi primera conferencia, dije que casi todos los diccionarios hacían distinción entre el retrato escultórico ó pictórico y el retrato literario, entendiendo por éste la descripción, mediante el lenguaje, de la figura ó del carácter de una persona y á las veces de ambos. En mi definición decía yo que era la “descripción literaria

de un sér., Por las condiciones de la palabra, tiene una extensión y un alcance el retrato en literatura que no tiene ni puede tener en las demás bellas artes. Así, por ejemplo, el retrato de Aquiles, resulta de toda la Iliada, como de todo el Quijote resulta el del famoso hidalgo manchego; y las *Vidas* de *Cornelio Nepote* y las de *Plutarco*, y en nuestra literatura las de *Quintana*, son retratos, no ya de cuerpo entero, sino de cuerpo y alma, en que se pinta la parte física de los personajes y su carácter y su modo de ser, por las acciones todas de su vida. “Las vidas de los hombres célebres son —dice Quintana— de todos los géneros de historia, el más agradable de leerse.” En todos los grandes historiadores antiguos y modernos se hallan admirables retratos, y también los han hecho perfectísimos los oradores, los poetas, los autores dramáticos y los novelistas, como que en realidad esto es de lo más difícil, pero de lo más hermoso que puede lograrse en literatura.

Si yo hubiera de hacer la historia del retrato escrito tendría que exponer el desenvolvimiento literario de la humanidad, cosa imposible por muchos conceptos, especialmente por la escasez de mis conocimientos; pero sí os diré que este género ha sido, como acontece con el retrato en pintura, tratado aparte y especialmente en el siglo xvii, habiéndole puesto de moda en Francia, la célebre *Mlle. de Montpensier*, que tuvo, como todo innovador, infinitos imitadores de ambos sexos. En los tiempos presentes han escrito libros de retratos literarios, *Saint Beuve*, *Teófilo Gauthier*, *Pablo de Saint Victor*, *Gustavo Planche* y otros muchos. Entre nosotros, resucitó el retrato literario ó retrato á pluma un distinguido periodista, antiguo amigo y compañero mío <sup>34</sup>, y después se han repetido mucho estos retratos á pluma ó semblanzas.

En el libro intitulado *Los Españoles pintados por sí mismos* y en el más moderno *Las Españolas pintadas por los españoles*,

de que fui colaborador, aunque humilde, se encuentran también muchos retratos.

Como una de las ventajas de la literatura es que el pensamiento y la obra del autor, tal como salen de su mente y de su pluma se llevan á todas partes en el libro, puedo yo hacer hoy lo que no me era dable al ocuparme del retrato en las demás bellas artes, que es presentaros algunas de las mejores producciones en este género, con lo cual ganaréis mucho vosotros y ganaré yo también al convertirme de disertante en lector. Además de que, como el filósofo griego demostraba andando el movimiento, así yo creo que para demostrar lo que es un buen retrato literario, nada puedo hacer mejor que leeros algunos de los más hermosos que conozco, comenzando por la antigüedad griega y latina y dando preferencia después á las obras de nuestros literatos y poetas desde el siglo xv hasta la época presente. Escuchad ahora:

«Dijo, y las cejas inclinó cerúleas,  
El hijo de Saturno, y los cabellos  
Divinos del Excelso se erizaron  
En la inmortal cabeza, y el Olimpo  
Inmenso estremeció. . . . . »

(HOMERO.— Versión española de HERMOSILLA. — *Iliada*,  
libro I. (*Famoso retrato de Júpiter.*)

«Ya los demás estaban en silencio  
Y ocupaban sus sillas, y obstinado  
Gritaba aún el lenguaraz Tersites,  
Que gran caudal tenía de injuriosas  
Y groseras palabras, con que necio  
Insultar á los Reyes insolente  
Por sólo hacer reir á los Aquivos;  
Y era el hombre más feo y más deforme  
De cuantos griegos á Ilion vinieran.  
Bizco, y cojo de un pie; corvados lomos  
Tenía y hacia el pecho recogidos;  
En punta la cabeza, y como vello  
Por la desnuda frente mal sembrada  
Escasa cabellera. Odiado mucho  
Era del fuerte Aquiles y de Ulises,  
Porque siempre á los dos palabras duras  
En las juntas decía; pero ahora

A Agamemnón, en infamantes voces,  
Con agudos chillidos insultaba. »

(HOMERO. — *Iliada*, libro II.)

« Era el primero Agamemnón potente,  
Que en la cabeza y faz majestuosa  
A Júpiter tonante semejaba,  
En los fornidos hombros á Neptuno  
Y á Marte en el valor. Cual entre todas  
Las reses sobresale en la vacada  
El toro corpulento, que descuella  
Por encima las vacas y novillos;  
Tal entre muchos héroes aquel día  
El Rey Agamemnón brillaba airoso,  
Porque Jove la gloria y el respeto  
En torno de él había derramado. »

(HOMERO. — *Iliada*, libro II.)

« Y el héroe apareció de luz cercado  
A un Dios en aire y miembros semejante;  
Pues le había su madre aderezado  
La copia de cabellos arrogante,  
Bañó sus ojos de inefable agrado,  
Y dió luz rósea al juvenil semblante,

Bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario  
O argento engasta en oro el lapidario. »

VIRGILIO. — Versión española de CARO. — *Eneida*, libro I.)

« Soberbio de oro y grana el campo huella,  
Y espumoso un bridón tasca el bocado:  
Ya ella sale á montarle, y ya con ella  
El juvenil cortejo alborozado.  
Su clámide purpúrea franja bella  
Pinta; es áureo el carcaj que lleva al lado;  
La veste ciñe en áureo broche; en oro  
Coge de sus cabellos el tesoro. »

.....  
« Fuera de tino la soberbia amante  
Corre por la ciudad, como se agita  
En las orgias solemnes la bacante  
Cuando oye en torno la vinosa grita,  
Y los tirsos descubre, y resonante  
A los misterios Citerón la invita;  
Tal va la Reina, y tal sin más recato  
Vuela á afrentar al amador ingrato. »

.....  
« Mientras hablaba, fiera y desdeñosa  
Con ardiente inquietud ella le mira;  
Mirándole en silencio, ira rebosa  
Y luégo á voces se desata en ira. »

.....

« Ella súbito aquí la voz detiene,  
Y huye la luz odiosa con gemido;  
Él, que á oponer razones se previene,  
Queda atónito, absorto, atontecido.  
Y he aquí un grupo de esclavas la sostiene  
En brazos; y la llevan sin sentido  
Al tálamo, de mármoles labrado,  
Y la reclinan sobre el regio estrado. »

.....  
.....  
Dice; y mover esotra el paso intenta  
Con senil priesa. Mas la audaz amante,  
Terrible con la idea que apacienta,  
Temblorosa la faz, la vista errante,  
Torva en el ceño, en el mirar sangrienta,  
Jaspeado de visos el semblante,  
Pálida de la muerte ya cercana,  
Vuela al recinto funeral insana.

.....  
.....  
Los mustios ojos con fatiga vana  
Trata de alzar la moribunda Dido:  
Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana  
Del pecho abierto con cruel sonido.  
El codo apoya, y por alzar se afana  
Tres veces, y tres veces sin sentido

---

Cae sobre el lecho. Con errante vista  
Busca la luz, y al verla se contrista.

(VIRGILIO. — *Encida*, libro IV.)

---

« Las estatuas que con más exactitud representan la imagen de su cuerpo son las de Lisipo, que era el único por quien quería ser retratado; porque este artista figuró con la mayor viveza aquella ligera inclinación del cuello al lado izquierdo y aquella flexibilidad de ojos que con tanto cuidado procuraron imitar después muchos de sus sucesores y amigos. Apeles al pintarle con el rayo, no imitó bien el color; porque lo hizo más moreno y encendido, siendo blanco, según dicen, con una blancura sonrosada, principalmente en el pecho y en el rostro. Su cutis espiraba fragancia, y su boca y su carne toda despedían el mejor olor; el que penetraba su ropa, si hemos de creer lo que leemos en los Comentarios de Aristoxeno. »

(PLUTARCO. — Versión española de RANZ ROMANILLOS. — *Vida de Alejandro*.)

---

«..... fué este maestro de muy gran fuerza; óvose muy bien en las armas; hombre corto de razon; muy alegre é de gran compañía con los suyos; cá jamás sabía estar solo sino entre todos los suyos. Fué muy franco, pero no ordenadamente sino á voluntad; ansi que se podía llamar pródigo. E á mi ver, este extremo de prodigalidad, aunque sea vicioso, es mejor é menos malo que el de avaricia; porque de los grandes dones del pródigo se aprovechan muchos, é muestran grandeza de corazon. Fué este maestro mucho disoluto acerca de mujeres. E ansi con tales virtudes é vicios alcanzó muy grande estado, y gran fama é renombre, é uvo en su compañía grandes hombres.»

(FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN. — *Generaciones y semblanzas*.  
— *Semblanza de D. Gonzalo Núñez de Guzmán.*)

«Fué hombre de escuro é baxo linaje; fué de mediana altura, espeso de cuerpo, el color del gesto cetrino, el viso turbado é corto: asaz bien razonado, y de gran ingenio: pero inclinado á aspereza é malicia más que á nobleza ni dulzura de condición: muy apartado en su conversación; hablaba mucho, aunque asaz atentado. Fué muy osado é presuntuoso

á mandar, que es propio vicio de los hombres baxos quando alcanzan estado, que no se saben tener dentro de límites é términos.....”

(FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN. — *Generaciones y semblanzas.*  
— *Semblanza de Fernán Alonso de Robles.*)

«Fablaba con buena gracia é abundancia en razones, sin prolixidad de palabras; temblábale un poco la voz por enfermedad accidental é no por defecto natural. En la edad de mozo tuvo uso é autoridad de viejo. Era hombre esencial, é no curaba de apariencias ni de cerimonias infladas... Tenía la agudeza tan viva, que á pocas razones conocía las condiciones é los fines de los hombres: é dando á cada uno esperanza de sus deseos, alcanzaba muchas veces lo que él deseaba. Tenía tan grand sufrimiento, que ni palabra áspera que le dixesen le movía, ni novedad de negocio que oyese le alteraba, y en el mayor discrimen de las cosas tenía mejor arbitrio para las entender é remediar. Era hombre que con madura deliberacion determinaba lo que avía de facer é no forzaba el tiempo, mas forzaba

á sí mismo esperando tiempo para lo hacer... Tuvo algunos amigos de los que la próspera fortuna suele traer: tuvo asimismo muchos contrarios de los que la envidia de los bienes suele criar... No era varón de venganzas, ni perdía tiempo ni pensamiento en las seguir. Decía él que todo hombre que piensa en vengarse, antes atormenta á sí que daña al contrario. Perdonaba ligeramente, y era piadoso en la ejecución de la justicia criminal; porque pensaba ser más aceptable á Dios la grand misericordia que la extrema justicia... No quiero negar que como hombre humano este caballero no toviese vicios como los otros hombres; pero puédese bien creer que si la flaqueza de su humanidad no los podía resistir, la fuerza de su prudencia los sabía disimular...»

(FERNANDO DEL PULGAR. — *Claros varones*, tít. VI. — *Retrato de D. Juan Pacheco, Marqués de Villena é Maestro de Santiago.*)

---

«Digo que Chripstóbal Colom, segun yo he sabido de hombres de su nasçion, fué natural de la provincia de Liguria, que es en Italia, en la qual cae la cibdad é señoría de Génova: unos diçen que de Saona, é otros

que de un pequeño lugar ó villaje, dicho Nervi, que es á la parte del Levante y en la costa de la mar, á dos leguas de la misma cibdad de Génova, y por más cierto se tiene que fué natural de un lugar dicho Cugureo, cerca de la misma cibdad de Génova. Hombre de honestos parientes é vida, de buena estatura é aspecto, más alto que mediano, é de reños miembros: los ojos vivos é las otras partes del rostro de buena proporcion, el cabello muy bermejo, é la cara algo ençendida é pecoso: bien hablado, cauto é de gran ingenio, é gentil latino é doctísimo cosmógrafo; gracioso quando quería; iracundo quando se enojaba.<sup>29</sup>

*(Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano, por el capitán GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Edición publicada por la Real Academia de la Historia. Primera parte, pág. 12.)*

«Era entonces Anibal mancebo de hermosa disposicion, alto y delgado de cuerpo; la cara tenía larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos: era muy bien razonado, muy cortés en demasía, la conversacion mucho dulce, con la cual tenía mezclada gravedad mansa y amorosa,

llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitán de los ejércitos y señoríos que Cartago tenía dentro de España, sería de hasta unos veinte y seis años: y puesto que fuese mozo, conocíase dél tanta sagacidad y prudencia, que primero ni después nunca se halló capitán en las cosas de guerra más industrioso ni sabio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son, obedecer y mandar, ni con más entendimiento lo supo hacer: tanto que la gente del ejército de ningún otro se confió más, ni con igual osadía venía á las afrentas que cuando sabía estar él presente.”

«Fué muy osado en acometer cosas peligrosas, y muy inclinado á tratar hechos difíciles: y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venían mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su corazón fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo más continuos y mayores que ningún otro de su tiempo. Sufría con igual perseverancia la calor y los frios: en su comer templadísimo. No tenía tiempo señalado para dor-

mir, sino cuando le faltaban ocupaciones ó negocios. Allí no descansaba sobre lechos ó camas delicadas; porque muchas veces en las guerras que tuvo despues, lo hallaron en el suelo, revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traía la gente. Sus vestiduras y trajes como los comunes del ejército; toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos, y allegar y favorecer las personas valientes donde quiera que se hallasen. Cuando venían al afrenta, primero que nadie rompió las batallas de á pie ó de caballo como lo tomaban, y postrero de todos salió dellas. Tenía maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniessen; que fué siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente cuanto debió tener un capitan muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le vencieron alguna vez, no fué por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, ó por la sobrada valentía de los contrarios.”

(FLORIÁN DE OCAMPO. — *Crónica general de España, libro IV.*  
— *Carácter de Aníbal.*)

« De bajos principios subió á la cumbre de la buena andanza; de ella le despeñó la ambicion. Tenía buenas partes naturales, condicion y costumbres no malas: si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo muestran. Era de ingenio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas: usaba de donaires con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en el habla: su astucia y disimulacion grandes; el atrevimiento, soberbia y ambicion no menores. »

• Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años; con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenía de los hombres, como enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad: mostrábase áspero, en especial de media edad en adelante: fué en la cólera muy desenfrenado, exasperado con el odio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió: á manera de fiera que agarrochean en la leonera y despues la sueltan, no dejaba de hacer riza. ¡Qué estragos no hizo con el deseo ardiente que tenía de vengarse! Con estas costumbres no es maravilla que cayese; sino cosa

vergonzosa que tanto tiempo se conservase... Varon verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso. ”

« Por espacio de treinta años poco más ó menos, estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacía sino por su voluntad... Pero con el ejemplo de su desastrada muerte quedarán avisados los cortesanos que quieran más ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdición del criado, y los hados (cierto Dios) apenas permiten que los criados soberbios mueran en paz. »

(P. JUAN DE MARIANA. — *Historia general de España*. — Don Alvaro de Luna, privado del Rey Don Juan II.)

« Quisiera yo, si fuera posible (lector amantísimo), excusarme de escribir este prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi *Don Quijote*, que quedase con gana de segundar con este. De esto tiene la culpa algun amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado antes con

mi condicion que con mi ingenio: el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja deste libro, pues le diera mi retrato el famoso don Juan de Jáuregui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos que querrían saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: este digo, que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitacion del de César Caporal

Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra: fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V de felice memoria: y cuando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas que las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios. En fin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será

para decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas. »

(CERVANTES. — *Prólogo á las Novelas Ejemplares.*)

« Don Quijote... es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. »

(CERVANTES. — *Don Quijote.* — 2.<sup>a</sup> parte, cap. XIV.)

« Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana; verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas, no tenía siete palmos de los pies á la cabeza y las espaldas que algun tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. »

(CERVANTES. — *Don Quijote.*)

« Delante venía su sobrina, moza al parecer de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, más aguileño que redondo, los ojos negros, rasgados y al descuido adormecidos,

cejas tiradas y bien compuestas, pestañas largas, y encarnada la color del rostro: los cabellos rubios y crespos por artificio, segun se descubría por las sienes: saya de burriel fino: ropa justa de contray ó frisado: los chapines de terciopelo negro, con sus clavetes y rapacejos de plata bruñida: guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar. El ademan era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecía muy bien, y en el todo mucho mejor. »

(CERVANTES. — *La tía fingida.*)

« Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos: venía en camisa y por la abertura de delante descubría un bosque, tanto era el vello que tenía en el pecho: traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados: cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos: el

---

sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del Perrillo: las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. »

(CERVANTES. — *Rinconete y Cortadillo*.)

---

« Era Marco Bruto varon severo, y tal, que reprendía los vicios ajenos con la virtud propia, y no con las palabras. Tenía el silencio elocuente, y las razones vivas. No rehusaba la conversación por no ser desapacible: ni la buscaba por no ser entremetido. En su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oídos. Era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida lo que era necesario para tolerar los

afanes de la guerra. Su inclinación era el estudio perpetuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito, y siempre obediente á lo mejor. »

(QUEVEDO. — *Vida de Marco Bruto*, escrita por el texto de PLUTARCO, ponderada con discursos.)

« El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refran que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avvicinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes: la nariz entre Roma y Francia, porque se le había comido de unas buas de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habían desterrado; el gazzate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manajo de sarmientos cada una.

Mirado de medio abajo, parecía tenedor, ó compás con dos piernas largas y flacas; su andar muy de espacio; si se descomponía algo, se sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla hética; la barba grande por nunca se la cortar, por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa, era de cosa que fué de paño, con los fondos de caspa. La sotana según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul, llevábala sin ciñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba los ratones, de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dor-

mía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria.»

(QUEVEDO. — *Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos*, cap. III. — Descripción del licenciado CABRA.)

«Dejad los libros ahora,  
Señor licenciado Ortiz,  
Y escuchad mis desventuras  
Que à fe que son para oír.  
Yo soy aquel gentil hombre,  
Digo aquel hombre gentil,  
Que por su Dios adoró  
A un cieguessuelo rüin.  
Sacrifiquéle mi gusto  
No una vez, sino cien mil,  
En las aras de una moza  
Tal cual os la pinto aquí.  
El cabello es de un color  
Que ni es cuarto ni es florin,  
Y la relevada frente  
Ni azabache ni marfil.  
La ceja entre parda y negra,  
Muy más larga que sutil,  
Y los ojos más compuestos  
Que son los de quis vel qui;

Entre cuyos bellos rayos  
Se derriba la nariz,  
Terminando las dos rosas,  
Frescas señas de su abril.  
Cada labio colorado  
Es un precioso rubí,  
Y cada diente el aljófar  
Que el alba suele vertir.  
El aliento de su boca,  
Todo lo que no es pedir,  
Mal haya yo si no excede  
Al más süave jazmín.  
Con su garganta y su pecho  
No tiene que competir  
El nácar del mar del Sur,  
La plata del Potosí.  
La blanca y hermosa mano,  
Hermoso y blanco alguacil  
De libertad y de bolsas,  
Es de nieve y de neblí.  
Lo demás, letrado amigo,  
Que yo os pudiera decir  
Por mi fe que me ha rogado  
Que lo calle el faldellín.  
Aunque por brújula quiero,  
Si estamos solos aquí,

Como á la sota de bastos  
 Descubriros el botín.  
 Cinco puntos calza estrechos  
 Este señor hasta el fin;  
 Si hay serafines trigueños,  
 La moza es un serafín.

. . . . .»

(DON LUIS DE GÓNGORA. — *Romance.*)

«Espíritu lascivo,  
 De los reinos de amor libre tirano,  
 Sutil átomo vivo,  
 En picar y color mostaza en grano,  
 Pára en alguna parte,  
 Que mal podré saltando retratarte.»

(LOPE DE VEGA. — *La pulga.*)

Curiosísima señora,  
 Tú, que mi estado preguntas  
 Y *de moribus et vita*  
 Examinarme procuras;

Quienquiera que eres, atiende,  
Y en cómico estilo escucha;  
Que he de decirte un romance,  
Para quitarte la duda.

Va de retrato primero;  
Luégo, si quiere la musa,  
Irá de costumbres, bien  
Que habré de callar alguna.

Sea lámina el papel,  
Matiz la tinta, la pluma  
Pincel: quiera Dios que salga  
Parecida mi pintura.

Yo soy un hombre de tan  
Desconversable estatura,  
Que entre los grandes es poca,  
Y entre los chicos es mucha.

Montañés soy; algo deudo  
Allá, por chismes de Asturias,  
De dos jueces de Castilla,  
Lain Calvo y Nuño Rasura.

Hablen mollera y copete:  
Mira ¡qué de cosas juntas  
Te he dicho en cuatro palabras,  
Pues dicen calva y alcornia!

Preñada tengo la frente,  
Sin llegar el parto nunca,

Teniendo dolores todos  
Los crecientes de la luna.

En la sien izquierda tengo  
Cierta descalabradura;  
Que al encaje de unos celos,  
Vino pegada esta punta.

Las cejas van luégo, á quien  
Desaliñadas arrugas  
De un capote mal doblado  
Suelen tener cejijuntas.

No me hallan los ojos todos,  
Si atentos no me los buscan;  
Que allá en dos cuencas, si lloran,  
Uno es Huécar y otro Júcar.

A ellos suben los bigotes  
Por el tronco hasta la altura,  
Cuervos que los he criado,  
Y sacármelos procuran.

Pálido tengo el color,  
La tez macilenta y mustia,  
Desde que me aconteció  
El espanto de unas bubas.

En su lugar la nariz,  
Ni bien es necia, ni aguda;  
Mas tan callada, que ya  
Ni con tabaco estornuda.

La boca es de espuerta rota,  
Que vierte por las roturas  
Cuanto sabe; sólo guarda  
La herramienta de la gula.

Mis manos son pies de puerco,  
Con su vello y con sus uñas,  
Que, á comérmelas tras algo,  
El *algo* fuera grosura.

El talle, si gusta el sastre,  
Es largo; mas si no gusta,  
Es corto; que él manda desde  
Mi golilla á mi cintura.

De aquí á la liga no hay  
Cosa ni estéril ni oculta,  
Sino cuatro faltriqueras,  
Que no tienen *plus* ni *ultra*.

La pierna es pierna, y no más,  
Ni jarifa, ni robusta,  
Algún tanto cuanto zamba,  
Pero no zamba-cañuta.

Sólo el pie de mí te alabo,  
Salvo que es de mala hechura,  
Salvo que es muy ancho, y salvo  
Que es largo, y salvo que suda.

Este soy pintiparado,  
Sin lisonja hacerme alguna;

Y si así soy á mi vista,  
¡Ay Dios! ¡cuál seré á la tuya!

.....  
(D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA. — Retrato de sí mismo  
en el *Romance á una dama que deseaba saber su estado,  
persona y vida.*)

« DOÑA JUANA.

¿Buscáis amo?

CARAMANCHEL.

Busco un amo;  
Que si el cielo los lloviera,  
Y las chinches se tornaran  
Amos; si amos pregonaran  
Por las calles; si estuviera  
Madrid de amos empedrado,  
Y ciego yo los pisara,  
Nunca en uno tropezara,  
Según soy de desdichado.

DOÑA JUANA.

Qué ¿tantos habéis tenido?

CARAMANCHEL.

Muchos, pero más inormes,  
Que lazarillo de Tormes. —

Un mes serví, no cumplido,  
A un médico muy barbado,  
Belfo, sin ser alemán;  
Guantes de ámbar, gorgorán,  
Mula de felpa, engomado,  
Muchos libros, poca ciencia:  
Pero no se me lograba  
El salario que me daba,  
Porque con poca conciencia  
Lo ganaba su mercé;  
Y huyendo de tal azar  
Me acogí con Cañamar.

DOÑA JUANA.

¿Mal lo ganaba? ¿Por qué?

CARAMANCHEL.

Por mil causas. La primera,  
Porque con cuatro aforismos,  
Dos textos, tres silogismos,  
Curaba una calle entera.  
No hay facultad que más pida  
Estudios, libros Galenos,  
Ni gente que estudie menos  
Con importarnos la vida.  
Pero ¿cómo han de estudiar,

No parando en todo el día?  
Yo te diré lo que hacía  
Mi médico. Al madrugar,  
Almorzaba de ordinario  
Una lonja de lo añejo,  
Porque era cristiano viejo;  
Y con este letüario  
*Aqua vitis*, que es de vid,  
Visitaba sin trabajo  
Calle arriba, calle abajo,  
Los *egrotos* de Madrid.  
Volvíamos á las once:  
Considere el pio lector,  
Si podría el mi doctor,  
Puesto que fuese de bronce,  
Harto de ver orinales,  
Y fistulas, revolver  
Hipócrates, y leer  
Las curas de tantos males.  
Comía luégo su olla,  
Con un asado manido,  
Y después de haber comido,  
Jugaba cientos ó polla.  
Daban las tres y tornaba  
A la médica atahona,  
Yo la maza y él la mona;

Y cuando á casa llegaba,  
Ya era de noche. Acudía  
Al estudio, deseoso  
(Aunque no era escrupuloso)  
De ocupar algo del día  
En ver los expositores  
De sus Rasis y Avicenas;  
Asentábase, y apenas  
Hojeaba dos autores,  
Cuando doña Estefanía  
Gritaba: «Hola, Inés, Leonor,  
Id á llamar al doctor;  
Que la cazuela se enfría.»  
Respondía él: «En un hora  
No hay que llamarme á cenar:  
Déjenme un rato estudiar.  
Decid á vuestra señora  
Que le ha dado garrotillo  
Al hijo de tal condesa;  
Y que está la ginovesa  
Su amiga con tabardillo;  
Que es fuerza mirar si es bueno  
Sangrarla estando preñada;  
Que á Dioscórides le agrada;  
Mas no lo aprueba Galeno.»  
Enfadábase la dama,

Y entrando á ver su doctor,  
Decía: « Acabad, señor;  
Cobrado habéis harta fama,  
Y demasiado sabéis  
Para lo que aquí ganáis;  
Advertid, si así os cansáis,  
Que presto os consumiréis.  
Dad al diablo los Galenos,  
Si os han de hacer tanto daño:  
¿Qué importa al cabo del año  
Veinte muertos mas ó menos? »  
Con aquestos incentivos  
El doctor se levantaba;  
Los textos muertos cerraba  
Por estudiar en los vivos.  
Cenaba, yendo en ayunas  
De la ciencia que vió á solas;  
Comenzaba en escarolas,  
Acababa en aceitunas,  
Y acostándose repleto,  
Al punto del madrugar,  
Se volvía á visitar,  
Sin mirar ni un quodlibeto.  
Subía á ver al paciente,  
Decía cuatro chanzonetas;  
Escribía dos recetas

Destas que ordinariamente  
Se alegan sin estudiar;  
Y luego los embaucaba  
Con unos modos que usaba  
Extraordinarios de hablar.  
«La enfermedad que le ha dado,  
Señora, á vueseñoría,  
Son flatos y hipocondría;  
Siento el pulmón opilado,  
Y para desarraigat  
Las flemas vítreas que tiene  
Con el quilo, le conviene  
(Porque mejor pueda obrar  
Naturaleza) que tome  
Unos alquermes que den  
Al hepate y al esplén  
La sustancia que mal come.»  
Encajábanle un doblón,  
Y asombrados de escucharle,  
No cesaban de adularle,  
Hasta hacerle un Salomón.  
Y juro á Dios, que teniendo  
Cuatro enfermos que purgar,  
Le vi un día trasladar  
(No pienses que estoy mintiendo)  
De un antiguo cartapacio

Cuatro purgas, que llevó  
Escritas (fuesen ó no  
A propósito) á palacio;  
Y recetada la cena  
Para el que purgarse había,  
Sacaba una y le decía:  
«Dios te la depare buena.»  
¿Parécele á vuesarcé  
Que tal modo de ganar  
Se me podía á mí lograr?  
Pues por eso le dejé.

DOÑA JUANA.

¡Escrupuloso criado!

CARAMANCHEL.

Acomodéme después  
Con un abogado, que es  
De las bolsas abogado,  
Y enfadóme que aguardando  
Mil pleiteantes que viese  
Sus procesos, se estuviese  
Catorce horas enrizando  
El bigotismo; que hay trazas  
Dignas de un jubón de azotes.  
Unos empina-bigotes

Hay á modo de tenazas  
Con que se engoma el letrado  
La barba que en punta está:  
¡Miren qué bien que saldrá  
Un parecer engomado!  
Dejéle, en fin; que estos tales,  
Por engordar alguaciles,  
Miran derechos civiles  
Y hacen tuertos criminales.  
Serví luégo á un clerigón  
Un mes (pienso que no entero)  
De lacayo y dispensero.  
Era un hombre de opinión:  
Su bonetazo calado,  
Lucio, grave, carilleno;  
Mula de veintidoseno,  
El cuello torcido á un lado;  
Y hombre, en fin, que nos mandaba  
A pan y agua ayunar  
Los viernes, por ahorrar  
La pitanza que nos daba;  
Y él comiéndose un capón  
(Que tenía con ensanchas  
La conciencia, por ser anchas  
Las que teólogas son),  
Quedándose con los dos

Alones cabeceando,  
Decía, al cielo mirando:  
«¡Ay ama, qué bueno es Dios!»  
Dejéle en fin, por no ver  
Santo que tan gordo y lleno,  
Nunca á Dios llamaba bueno  
Hasta después de comer.  
Luégo entré con un pelón,  
Que sobre un rocín andaba,  
Y aunque dos reales me daba  
De ración y quitación,  
Si la menor falta hacía  
Por irremisible ley,  
Olvidando el *Agnus Dei*,  
*Qui tollis racion*, decía.  
Quitábame de ordinario  
La ración; pero el rocín  
Y su medio celemín  
Alentaban mi salario,  
Vendiendo sin redención  
La cebada que le hurtaba;  
Con que yo ración llevaba,  
Y el rocín la quitación.  
Serví á un moscatel marido,  
De cierta doña Mayor  
A quien le daba el Señor

Por uno y otro partido  
Comisiones, que á mi ver  
El proveyente cobraba,  
Pues con comisión quedaba  
De acudir á su mujer.  
Si te hubiera de contar  
Los amos que en varias veces  
Serví y andan como peces  
Por los golfos de este mar,  
Fuera un trabajo excusado;  
Bástete saber que estoy  
Sin acomodo el día de hoy  
Por mal acondicionado.

(TIRSO DE MOLINA. — *Don Gil de las Calzas Verdes*. Acto 1.<sup>o</sup>  
Escena 11.)

« Ninguna edad más á propósito para observar y advertir sus naturales que la infancia, en que, desconocida á la naturaleza la malicia y la disimulación, obra sencillamente y descubre en la frente, en los ojos, en la risa, en las manos y en los demás movimientos sus afectos é inclinaciones. . . . »

« Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojuelos, y risueño oye las alabanzas;

y los retira entristeciéndose si se le afea algo. Si es animoso afirma el rostro, y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos; si liberal, desprecia los juguetes y los reparte; si vengativo, dura en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfacción; si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo y levanta las manecillas; si benigno, con la risa y los ojos granjea las voluntades; si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es obstinado en el llanto y difícil en la risa, siempre cubierta con nubecillas de tristeza la frente; si alegre, ya levanta las cejas, y adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo, ya los retira y plegados los párpados en graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo: así las demas virtudes ó vicios traslada el corazon al rostro y ademanes del cuerpo, hasta que más advertida la edad los retira y cela... Pero no siempre estos juicios salen ciertos, porque la naturaleza tal vez burla la curiosidad humana que investiga sus obras, y se retira de su curso ordinario... Otras veces la naturaleza se esfuerza por excederse á sí misma, y junta monstruosamente

grandes virtudes y grandes vicios, como se vió en Alcibiades... Así obra la naturaleza desconocida á sí misma; pero la razon y el arte corrigen y pulen sus obras... »

(DON DIEGO DE SAAVEDRA Y FAJARDO.—*Empresas políticas*.)

« Este que camina con pasos graves y circunspectos, es *Tucidides*, á quien la emulación á la gloria de Herodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponeso. »

« Aquel de profundo semblante es *Polibio*, que en cuarenta libros escribió las historias romanas, de que solamente han quedado cinco, á los cuales perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastián Maccio, que ignorantemente le maltrata, sin considerar que es tan docto que enseña más que refiere. »

« El que con la toga lisa y llana, y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado el ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es *Plutarco*, tan versado en las artes políticas y militares que, como dijo Rodino, puede ser árbitro en ellas. »

« El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae á sí los ánimos, es *Jenofonte*, á quien Diógenes Laercio llamó *Musa ática* y otros, con gran propiedad *Abeja ática*. »

« Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia es *C. Salustio*, gran enemigo de Cicerón, en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque á Séneca y á Asinio Polión parece oscuro, atrevido en las translaciones, y que deja cortadas las sentencias. »

« Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es *Cornelio Tácito*. Por el veneno que se ha sacado de esta fuente, dijo Budeo que era el más facineroso de los escritores. A este peligro se exponen los que escriben en tiempos de príncipes tiranos; que si los alaban, son lisonjeros; y si los reprenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos. »

« Repara en la serena frente y en los eminentes labios de éste, que parece que destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos,

sembrado de varias flores, porque es *Tito Livio* Patavino, de no menos gloria á los romanos que la grandeza de su Imperio. Huyó de la impiedad de Polibio y dió en la supersticion; así, por librarnos de un vicio, damos alguna vez en el opuesto. »

« No menos debes considerar la jornada de *Cayo Suetonio*, que viene después de él, tan perfectamente acabada, que quien la quisiese mejorar la estragaría. En su semblante conocerás la impaciencia de su condicion, que no puede acomodarse á la lisonja, ni tolerar los vicios de los príncipes aunque sean ligeros. »

« El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos, que con la elegancia á los que quisieren imitarle, es *Julio César*, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio, tan industrioso que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores. »

« El vestido á lo cortesano, aunque llana y sencillamente, sin arreo ni joyas, es *Felipe de Comines*, cuya frente, en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte, tendida descubre

su buen juicio; y el otro de prolija barba mal ceñido y flojo, es *Guichardino*, gran enemigo de la casa de Urbino. El que va á su lado con un ropón de martas que apenas puede darle bastante calor, es *Paulo Jovio*, adulator del marqués del Vasto y de los Médicis, enemigo declarado de los españoles.”

«El otro de largas y tendidas vestiduras, es *Zurita*, á quien acompaña *D. Diego de Mendoza*, advertido y vivo en sus movimientos, y *Mariana* cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona á la suya, y la condena en lo dudoso: afecta la antigüedad, y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.»

(D. DIEGO DE SAAVEDRA Y FAJARDO. — *República literaria.*)

---

«Apareció un hombre de increíble profundidad mental, hipócrita tan refinado como hábil político, capaz de emprenderlo y ocultarlo todo, igualmente activo é infatigable en la paz y en la guerra, que no dejaba á la suerte nada de lo que podía arrebatarse por

el cálculo y la previsión; pero al fin tan vigilante y tan dispuesto á todo, que jamás dejó escapar las ocasiones que se le presentaron; en suma: uno de esos espíritus inquietos y audaces que parecen nacidos para trastornar el mundo... No os relataré la serie afortunadísima de sus empresas, ni sus famosas victorias de que la virtud estaba indignada, ni aquella larga tranquilidad que ha asombrado al universo. »

(BOSSUET. — *Semblanza de Cromwell.*)

« *Gitón* tiene color sano, cara redonda y abultadas mejillas, mirada fija y segura, anchos hombros, estómago saliente y paso firme y resuelto; habla sin vacilación; se hace repetir las cosas que le dicen, mostrándose luego medianamente satisfecho de ellas; saca y despliega un gran pañuelo y se suena las narices con estrépito; escupe largo y estornuda fuerte; duerme la siesta y luego profundamente por la noche, atronando con sus ronquidos. En la mesa y en paseo ocupa más sitio que otro cualquiera; yendo con iguales suyos, se coloca en medio; párase y hay que pararse; sigue andando y hay que seguirle;

todos tienen que someterse á lo que él hace; interrumpe y rectifica á los que con él hablan, y á él se le escucha atentamente cuanto decir le place; más aun: todos opinan como él, y nadie duda de lo que afirma. Al sentarse, se arrellana en una butaca, cruza las piernas, frunce el entrecejo y se cala el sombrero para no ver á nadie, ó se lo echa atrás altiva y osadamente. Es festivo, muy fácil para la risa, impaciente, presuntuoso, colérico, libertino, político, misterioso acerca de los sucesos de actualidad, y se cree hombre hábil y de talento. Es rico.”

« *Phedón* tiene los ojos hundidos, arrebatado el color, el cuerpo seco y chupado el rostro; duerme poco y con sueño ligero; es distraído, y, teniendo talento, parece tonto; nunca se acuerda de decir lo que sabe, ni habla de lo que conoce; y si á veces lo hace, es torpemente; cree que molesta á los que le oyen, y refiere las cosas sin color y como para salir del paso; nadie le escucha ni le ríe los chistes; y en cambio, él aplaude y acoge sonriente las palabras de los demás, asintiendo á ellas; corre, vuela por darles gusto hasta en lo más mínimo; es complaciente, servi-

cial y lisonjero; no habla de sus asuntos ó no dice la verdad sobre ellos; es supersticioso, escrupuloso, tímido; anda suave y ligeramente, como temeroso de hollar la tierra; va con los ojos bajos, no osando mirar á los que encuentra. Jamás hace corro para discurrir con otros; pónese detrás del que habla, recoge furtivamente lo que se dice, y si le miran, se retira luégo. No ocupa lugar ni sitio, encógese y se echa el sombrero sobre los ojos para que no reparen en él, envolviéndose y ocultándose en su capa; no hay calles ni galerías tan llenas de gente, que él no pueda pasar sin esfuerzo, ni por las que le sea imposible deslizarse desapercibido. Si le ruegan que tome asiento, apenas si ocupa el borde de la silla; en las conversaciones habla bajo y articula mal; es libre, sin embargo, tocante á los negocios públicos, laméntase contra el siglo y juzga medianamente de los ministros y del ministerio. Sólo abre la boca para contestar; tose, se suena las narices cubriéndose antes la cara con el sombrero, casi se escupe encima, y espera á estar solo para estornudar, ó si no puede evitarlo delante de la gente, procura ahogarlo para que no se aperciban;

---

jamás le cuesta él á nadie saludo ni cumplimiento. Es pobre.»

(LA BRUYÈRE. — *Los caracteres.*)

---

« Como no tenían más bienes que su salario, corría gran peligro mi educación de no haber sido la mejor, si Dios no me deparara un tío, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Pérez: era hermano mayor de mi madre, y había sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginación (lector mío) un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aquí la *vera efigies* de mi tío. Por lo demás, era un eclesiástico que sólo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.»

(LE SAGE. — *Traducción del P. ISLA. — Gil Blas de Santillana.*)

---

« Soy alta, ni gruesa ni delgada, y de buen talle. Tengo buena cara, el cuello bien formado, los brazos y las manos no bellos; pero

sí lo es el cutis como el cuello. La pierna la tengo derecha y el pie bien construído; son mis cabellos rubios de un lindo matiz ceniciento; largo es mi rostro y de contorno bonito; la nariz grande y aguileña; la boca ni grande ni pequeña, pero labrada por modo bastante agradable; los labios bermejos; los dientes no bonitos, pero tampoco horribles; mis ojos son azules, ni grandes ni pequeños, pero sí brillantes, dulces y altivos como mi rostro; hablo mucho, sin decir tonterías ni malas palabras... Soy bastante mal enemiga, porque soy bastante iracunda y bastante cólerica; y unido esto á mi *cuna*, bien puedo hacer temblar á mis enemigos; pero tengo el alma noble y buena. Incapaz de acción alguna baja y negra, soy más inclinada á la misericordia que á la justicia. Soy melancólica; gusto de leer los libros buenos y sólidos; me hastían las bagatelas, excepción hecha de los versos, que me agradan de cualquier género que sean, y seguramente distingo y juzgo tan bien de esas cosas como si fuera yo en ellas persona competente y sabia. »

(Mlle. DE MONTPENSIER.—*Re'trat de sí misma.*)

« Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta, miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados: muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado: hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa: obra toda de ciertas beatas que se desvivían por su padre predicador. En conclusión, él era mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que llevaba de calles los estrados.»

(P. ISLA. — *Fray Gerundio*.)

## A UN MAL BICHO.

¿ Veis esa repugnante criatura,  
Chato, pelón, sin dientes, estevado,  
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?  
Pues lo mejor que tiene es la figura.

(L. F. DE MORATÍN.)

.....  
« En una anchurosa cuadra  
Del alcázar de Toledo,  
Cuyas paredes adornan  
Ricos tapices flamencos,  
Al lado de una gran mesa  
Que cubre de terciopelo  
Napolitano tapete  
Con borlones de oro y flecos,  
Ante un sillón de respaldo,  
Que entre bordado arabesco  
Los timbres de España ostenta  
Y el águila del Imperio,  
De pie estaba Carlos quinto,  
Que en España era primero,  
Con gallardo y noble talle,  
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco  
Viste tabardo tudesco,  
De rubias motas orlado,  
Y desabrochado y suelto,  
Dejando ver un justillo  
De raso jalde, cubierto  
Con primorosos bordados  
Y costosos sobrepuestos;

Y la excelsa y noble insignia  
Del Toisón de Oro, pendiendo  
De una preciosa cadena  
En la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo  
Con un blanco airón, sujeto  
Por un joyel de diamantes  
Y un antiguo camafeo,  
Descubre por ambos lados,  
Tanta majestad cubriendo,  
Rubio, cual barba y bigote,  
Bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera  
La potente diestra ha puesto,  
Que aprieta dos guantes de ámbar  
Y un primoroso moquero.

Y con la siniestra halaga,  
De un mastín muy corpulento,

Blanco y las orejas rubias,  
El ancho y carnosos cuello. »

.....

«Sostenido por sus pajes  
Desciende de su litera  
El conde de Benavente  
Del alcázar á la puerta.

Era un viejo respetable,  
Cuerpo enjuto, cara seca,  
Con dos ojos como chispas,  
Cargados de largas cejas,  
Y con semblante muy noble,  
Mas de gravedad tan seria,  
Que veneración de lejos  
Y miedo causa de cerca.

Eran su traje unas calzas  
De púrpura de Valencia,  
Y de recamado ante  
Un colete á la leonesa.

De fino lienzo gallego  
Los puños y la gorguera,  
Unos y otra guarnecidos  
Con randas barcelonesas.

Un birretón de velludo  
Con su cintillo de perlas,

Y el gabán de paño verde  
Con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava  
La insignia española lleva,  
Que el Toisón ha despreciado  
Por ser orden extranjera.

Con paso tardó, aunque firme,  
Sube por las escaleras  
Y al verle, las alabardas  
Un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor, y de aviso  
De que en el alcázar entra  
Un grande, á quien se le debe  
Todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala,  
Los pajes que están en ella  
Con respeto le saludan,  
Abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde  
Sin que otro aviso preceda,  
Salones atravesando  
Hasta la cámara regia. »

.....  
(DÓN ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — Romance in-  
titulado *Un castellano leal*.)

---

« FERNANDO. — No temo que se despierte tu soberbia al verme examinar los atractivos de tu persona. Graciosamente te los ha dado el cielo, sin que te haya costado ningún trabajo el adquirirlos.. ¿ Por qué ha de envanecernos lo que no es obra nuestra? » . . . . .

« Lo primero que sorprende agradablemente en tu persona, al que tiene gusto y cultura suficientes para apreciarla en todo su valor, es el exacto equilibrio y perfecta armonía que existe entre el todo y cada una de sus partes. El agrado que produce el conjunto, á medida que detalladamente se examina, se va convirtiendo en admiración y en embelleso. No hay en ti ninguno de esos rasgos de brocha gorda que producen un efecto tan pronto como pasajero. No: todo es delicado y armonioso: parece que la naturaleza quiso formar el premio de la cultura y del buen gusto, y dijo al crearte: « Solamente aquellos á quienes el cielo haya concedido un corazón impresionable y una imaginación tan perspicaz como exquisita, podrán comprender y gozar todos los encantos que les entrego en esa mujer.

» Tu cabeza es tan gallarda y bien propor-

cionada y graciosa, que tiene una hermosura verdaderamente escultural, y parece construída exprofeso para contener al mismo tiempo la atrevida inteligencia del hombre y la varia y risueña imaginación de la mujer.

» Dos colores distintos se disputan tu pelo: el oscuro y el rubio; la sombra y el oro; recordando alternativamente el interesante misterio de la noche y la alegría de los primeros y dorados rayos del alba. — Por lo abundante, sano y espeso, recuerda el de la Magdalena, ó sea el de aquella mujer que tantas veces ha dado ocasión á los pintores para recrearse pintando pechos desnudos, brazos bien contorneados y piernas enteramente descubiertas; el de aquella mujer de quien cuenta el Nuevo Testamento que, en medio del delirio de sus placeres, oyó la voz de Jesús Nazareno, se sintió conmovida, y, arrojándose á sus plantas, regó con lágrimas sus pies, y los enjugó con sus cabellos abundantes y desmelenados; el de aquella mujer que halló gracia á los ojos de Jesús, quien le concedió el dón del arrepentimiento en tal medida, que llegó á colocarse en los altares: mujer la más venturosa que ha existido en el

mundo, por cuanto gozó de todos los placeres de la tierra y ahora goza de todos los del cielo, y, después de haber recibido las apasionadas y frenéticas caricias del amor mundano, recibe hoy los homenajes de veneración y respeto que le tributan sus devotos en las iglesias, puesto que no hay sobre la tierra ni un solo pueblo católico que no haya consagrado suntuosos templos á su memoria. — No creo, sin embargo, que fuera su pelo más hermoso que el tuyo.

» Luce tu frente, con supremo arte natural, limitada por el cerrado bosque de tu cabello y por las sombras incitativas de tus cejas; lo mismo que cuando el horizonte está cubierto y en algún punto determinado se rasgan las nubes, aparece un pedacito de cielo claro, sereno y sonriente, que alegra el alma y excita el deseo de penetrar en los misterios de la eternidad. — Así yo desearía penetrar en lo más oculto de tu pensamiento. — Dijérase que en tu frente nace el día; pues despide una luz misteriosa que no perciben los ojos, pero que invade suavemente el corazón, pre-disponiéndolo á todos los afectos del agrado y de la ternura.

» Tus cejas son bastante pobladas para recordar á la imaginación todo el encanto que tiene la sombra del interior de un bosque, y bastante fina para no perder su expresión temeraria. — Al llegar á ese caprichoso entrecejo donde se entrelazan y juntan, parecen dos palmas que se están besando...

» La esmeralda, el ópalo, el zafiro y el brillante han tenido que mezclarse en felicísima combinación para producir las luces de tus ojos, unas veces vivas y relucientes como los rayos de la estrella de Venus, y otras veces suaves y tornasoladas como los visos y cambiantes del terciopelo. — Si brillan velados por tus copiosas pestañas y cae sobre ellos la amiga sombra del bosque de tus cejas, recuerdan los rayos de la luna cuando atraviesan las ramas de los árboles y se reflejan en las aguas de un lago ó de un arroyo. — Pero el momento verdaderamente sublime de tus ojos, es aquel en que el impulso del afecto ó del cariño les da fijeza, brillantez y dulzura. Los míos se embelesan con tu mirada, y quisieran penetrar por ella en el palacio encantado de tu alma; y cuanto juzgan que han penetrado más adentro, más adentro qui-

sieran penetrar... — Del propio modo, cuando contemplamos las aguas del mar, sentimos un dulce embelesamiento, y cada vez queremos entrar más en su fondo, y acuden á nuestra fantasía todas las creaciones con que los poetas han poblado el seno de las aguas, y vemos palacios suntuosos, encantadas princesas, ondinas enamoradas, ninfas desnudas, jardines amenos, citas nocturnas y cuantos objetos pueden conmovir el espíritu y enardecer la imaginación. — ¡ Hay efectivamente en tus ojos alegría, dulzura, misterio y fondo inagotable !

» Tus orejas son breves y delicadas, y tienen el pabellón tan bien formado, que parece que oyen hasta lo que se piensa y que están convidando á depositar en ellas palabras cariñosas y suaves.

z Tu nariz tiene nobleza y gracia, y ostenta unidas la corrección griega y la audacia del tipo de las mujeres de Roma.

» Tus mejillas están compuestas de aquellas rosas matizadas de azucena y grana que, según cuenta la mitología, se le caían á la ninfa Aurora del ebúrneo seno cuando, soñolienta y reclinada sobre las nubes, aparecía

en los cielos disipando las sombras, anunciando el día y ostentando la morbidez y elegancia de sus formas ante la creación entera que despertaba para contemplarla.

» Tu boca... — Pero esto quiero dejarlo para lo último.

» Tu cuello recuerda alternativamente la dulzura del cuello de la paloma enamorada y la majestad del águila real. — Convenientemente se separan uno de otro tus hombros, para dejar ancho espacio al corazón.

» Tu seno, formado con especial cariño y exquisita maestría por la mano de la naturaleza, se estremece debajo de la ropa, á cualquier movimiento de tu cuerpo, como leche cuajada que tiembla sin deshacerse. ¡Virgenes y apretadas azucenas, que, al descubrir sus pétalos, inundarían de celestiales aromas el espacio de un alma!

» Esbelto, firme y flexible es tu talle, como la hoja del templado acero. Cuando derribas tus brazos, caen cariñosamente sobre tu cuerpo, como las ramas de un árbol generoso se aproximan al tronco y se acercan á la tierra para ofrecer su regalado fruto al sediento viandante.

» ¡Qué viva, qué graciosa que expresiva es tu mano! Toma fácilmente la temperatura en que se encuentra el alma, y, unida á la mía, sostiene sin necesidad de palabras un diálogo entre nuestros corazones.

» El gallardo arranque de tus caderas, los vagos y seductores contornos que, al través de tu falda se dibujan, y el bien acentuado y correctísimo lineamiento de tu pierna, hacen en ti verosímil la aparición de la diosa Hebe, que representa la juventud, y á quien crearon los dioses para que les sirviese el vino en los banquetes del Olimpo y para tener siempre delante de sus ojos el ameno espectáculo de la hermosura naciente... Nada tendrás que envidiar á la famosa Venus del Tiziano; la cual, según cuenta la fama, no es otra que la princesa de Elgaen, de quien el Emperador Carlos V estuvo perdidamente enamorado, por lo que cuando se vió correspondido de ella, logró varias veces dormirla sobre almohadones de terciopelo al són de regalada música, que él mismo tocaba en un monacordio, á que era muy aficionada la belleza, y teniendo como tenía, prevenido á Tiziano, sin que ella lo supiese, consiguió un

retrato *al natural* de aquella hermosísima mujer á quien tanta felicidad había debido...

» Breves, delicados y ligeros tus pies, se mueven con tan encantadora facilidad, que parece que todavía no se han dado cuenta de que llevan encima el riquísimo peso de tu persona. — Y, como son el cimiento y la entrada del edificio humano, importa mucho que los pies produzcan impresión agradable...; pues al que va á penetrar en un palacio, no le gusta seguramente encontrarse con dos alanos disformes que le gruñan y ladren.—¿Quién duda que es más satisfactorio encontrar en el primer patio dos mansas palomas que amorosamente se den el pico?

» Tu boca es el compendio y resumen de tu hermosura. Así como todas las cosas, lo mismo en el orden moral que en el material, tienden á simplificarse, y de una gran maceta resulta un pequeño ramo de claveles, y de un banco de conchas un puñado de perlas, y grandes montones de mineral se convierten en un pedacito de oro y los pensamientos de muchos libros se suman en una sola idea que todo lo significa y comprende, así se reducen en tu boca á una breve cifra todas las gracias

esparcidas en tu persona. — Fresca, expresiva, rebosando gracia y voluptuosidad, armoniza con todos los movimientos de tu espíritu, y hasta denuncia todos los impulsos de tu corazón; y, lejos de perder su natural belleza cuando cantas, rivaliza en dulzura y encanto con la misma deliciosa voz que articula, alegrando tanto á los ojos el verla, como se alegran los oídos de escucharte. — Cuando te ríes, se ilumina el alma y el mundo se reviste á mis ojos de una hermosura sobrenatural, y esos deliciosos hoyuelos que nacen al impulso de tu risa, recuerdan el ardid de que se valió Cupido, Dios del amor, para que Marte, Dios de la guerra, se enamorase de su madre Venus, diosa de la hermosura...”

DON ADELARDO LÓPEZ DE AYALA. — *Descripción de Consuelo*.  
Obras completas. T. VII. p. 267.

Ya que habéis oído tantas preciosidades literarias, tantos admirables retratos debidos á insignes escritores, respecto de quienes no cabe censura, voy, para que no digáis que todo es ajeno en la última de mis conferencias, á leerlos, por vía de

fin de fiesta, unas semblanzas hechas por mí para un libro que acaso nunca llegue á terminarse ni á publicarse, y en que trataba yo de pintar las peripecias de una excursión artística realizada poco tiempo ha, con cuatro amigos, al bello y simpático señorío de Vizcaya. Dicen así:

«Dichos, como en las obras que se escriben para el teatro, el lugar y la época de la acción, es de necesidad consignar los personajes que en ella han de tomar parte :

» *Tomás Campuzano*. El más joven de los expedicionarios, y el más alto y más delgado también. Sóbrale estatura para *gastador*; lo que acaso le falte es dinero. Promovedor, jefe y presidente por aclamación de la partida. Rubio, de salientes, pequeños y vivos ojos azules, rica imaginación, lengua expedita, palabra alegre y simpática, que nos ha valido ser bien acogidos y acomodados por todas las *patronas* del camino, jóvenes ó viejas. Con su camisa inglesa de lana á rayas, su americana y su chaleco de color verde azulado, su ancho pantalón de lienzo (del que en

varias ocasiones se hablará más por menor), y sus botas de cuero como las de los guardias civiles, *infra* ó *supra* el pantalón según las necesidades del servicio, su carencia de corbata y su chambergó negro de anchas alas y elevada copa, parecía un mixto de trampero del Arkansas y de artista. De frac, como yo le he visto en Madrid, parece un agregado diplomático. Según su cédula personal no tiene *profesión ninguna*; pero cuantos conocen el estado de las artes en España, saben que es un distinguido pintor de marinas. Tiene que serlo porque pinta muy bien y ama el mar con delirio. Nada y bucea admirablemente. Es un pez que maneja el lápiz y los pinceles.

» *Fernando Pérez del Camino*.—Pelo castaño, ojos del color del mar, barba poblada, estatura mediana, entendimiento agudo, pocas palabras, pero acertadas y oportunas, hermosa voz de barítono atenorado. Con su gorra blanca y sus quevedos ahumados, parecía uno de esos ingenieros que van por montes y valles haciendo estudios de líneas férreas. Es — ¡parece mentira! — licenciado en Medicina; pero ha abandonado el pulso por los pinceles y pinta paisajes, y sobre todo, marinas que

dan ganas de navegar. Es montañés, como su amigo y compañero Campuzano, y como él ama apasionadamente el mar, la pintura, la música y más aun... la bella mitad del linaje humano.

» *Alberto Gutiérrez Vélez*, conocido por *Dosal*. De aventajada estatura y más bien grueso que delgado. No es pintor ni otra cosa alguna, que yo sepa; tiene aspecto de rico, y puede que lo sea. Es un tipo moreno muy presentable. Tiene mucho entendimiento, que aplicado á cualquier cosa, hubiese podido dar muy sazonado fruto, y una gracia mansa naturalísima, que ha sido la sal de la expedición. Amigo afectísimo de las muchachas, y gozando con ellas de gran partido por su donaire y su atrevimiento. Bien distinto cuando se calaba sus oscuros quevedos (no recuerdo bien si eran los suyos ó los de Camino), y hablaba de cosas graves con los diputados y los alcaldes con quienes nos hemos tropezado en el viaje: parecía entonces lo menos, menos, un concejal de capital de provincia.»

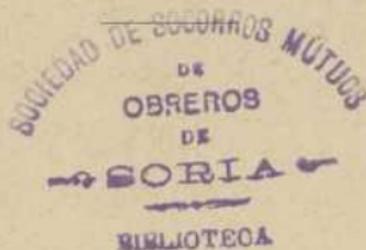
«*Fernando de los Villares Amor*. Ingeniero jefe del Cuerpo de Minas, profesor de su Escuela, aficionado devotísimo é incansable á la

pintura, cuasi pintor, mejor dicho. Pequeño de cuerpo, rubio, calvo, miope, inquieto, de mucho trato social, de varios y no comunes conocimientos, aunque tiene el buen gusto de no lucirlos, sobre todo los de su profesión. Durante todo el trayecto no nos dijo de Metalurgia, y eso á petición nuestra, sino lo que era un «conglomerado tipo» mostrándonos un magnífico ejemplar. El también es un tipo conglomerado de ciencia, arte y mundo. He observado que las damas nunca le llaman por su primer apellido; ninguna le dice *Villares*, todas le llaman *Amor*. (!)

» *Mi humilde persona.*

.....

» Los que me conozcan, llenarán esta línea de puntos suspensivos como les plazca. Los que no me hayan visto nunca, podrán acaso llenarla después de leer mi relato; si es verdad que el estilo es el hombre, y caso de resultar que tengo estilo. Yo de mí sé decir que me parezco un cualquiera. Para no distinguirme de la turba multa... hasta soy abogado.»





## NOTAS

---

1 No había yo pensado imprimir estas conferencias, porque creo que no merecen tanta publicidad; pero muchos que me han honrado oyéndolas y otros muchos que no han podido asistir á ellas, de tal modo me han rogado que las imprima, que al fin me he decidido á hacerlo; aunque con mayor temor, si cabe, que tuve al pronunciarlas. Aprovecho esta ocasión para mostrar mi vivo y profundo reconocimiento á los que tanto y tan inmerecidamente me aplaudieron y felicitaron por este humilde trabajo.

2 *Las Bellas Artes*, por J. de Manjarrés. — Barcelona, 1884.

3 *Dictionnaire National* de Bescherelle. — París, 1864.

4 “*Effigies — ei: Signum ad alterius vivam similitudinem, veramque imaginem factum, tam in picturis, quam in sculpturis.*” Valla, lib. V. — *Ambrossii Calepini. Dictionarium octolingue.* — Lugduni, MDCLXXXI.

5 La etimología de la palabra castellana *retrato* es, según la última edición del Diccionario de la Academia Española y según el primer Diccionario general etimológico de la Lengua Española por Roque Barcia, la voz latina *retractus*, sacado con repetición; participio pasivo de *retrahere*, tirar hacia atrás, llevar hacia afuera; de *re*, muchas veces, y *trahere*, traer, sacar, hacer salir. Igual etimología tiene la palabra italiana *ritratto*. En francés y en inglés dicese *portrait*, del latín *pro* y *tractus*, lo cual indica etimología análoga.

6 *Impressions sur la peinture*, par Alfred Stevens. — París, MDCCCLXXXVI.

7 Lavater (Jean Gaspard). *Essai sur la Physiognomonie destiné à faire connaître l'Homme et à le faire aimer*. — La Haye, 1783-1804. Esta curiosa é interesante obra, que recomiendo á los artistas que se ocupen del retrato, contiene muchas y muy buenas observaciones sobre el asunto.

Actualmente se está publicando en España otra obra que también es de interés para los retratistas. Titúlase *El hombre ante la Estética ó Tratado de antropología artística*, por D. José R. Garnelo. — Tomo I. Morfología. — Madrid, 1885.

8 Une femme qui se fait peindre veut que le peintre soit infidèle et que le portrait soit ressemblant (*Desmalins*).

9 Artículo *Portrait* de Ch. Farcy. *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*.

10 Léase el bello fragmento titulado *La mujer de piedra*, de mi queridísimo amigo el inspirado poeta Gustavo Adolfo Becquer, cuya temprana muerte lloran las letras españolas.

11 Un busto de Donatello es tan elocuente como el Moisés de Miguel Angel (*Stevens*).

12 En los últimos tiempos de la República romana los triunviros monetarios hicieron grabar en las monedas la efigie de los poderosos gobernantes para adularlos; y por eso tenemos en las monedas de aquella época los retratos de César, Pompeyo, Antonio, Bruto, Lépido y otros. (*Enciclopedia moderne*. — París, 1860.)

13 Lástima es que todavía carezca nuestro pequeño, pero excelente Museo de Escultura, de un buen catálogo. Las actuales indicaciones de clasificación en papeletas manuscritas son insuficientes, y en algunos casos hasta erróneas. Parece que se está preparando y se dará á luz cuando termine el arreglo de la Sala elíptica. Así sea.

De la Sección de Pintura existe el excelente Catálogo del eruditísimo, tres veces Académico, señor D. Pedro de Madrazo.

14 Debo preciosas noticias de las citadas y de otras joyas de este Museo al S. D. Carlos Castrobe-

sa, que es tan amable como inteligente. — Ya se está publicando un excelente catálogo del Museo arqueológico nacional, bajo la dirección del distinguido arqueólogo Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. Hasta ahora sólo ha visto la luz el primer tomo.

15 El distinguido arqueólogo y literato señor D. Juan F. Riaño, con el apoyo del ilustrado ministro que fué de Fomento, Sr. D. José Luis Albareda, es el creador del museo de reproducciones artísticas. Ambos han prestado un verdadero servicio con ello al estudio de las Bellas Artes y aun de la Historia.

16 El profundo genio de Bossuet había ya formulado el pensamiento esencial de esta leyenda en los siguientes términos: " Si un portrait pouvait devenir tout-à-coup animé, comme il ne verrait en soi aucun trait qui ne se raportât á la personne qu'il représente, il ne vivrait que pour elle seule. "

17 " Le portrait élevé jusqu'à l'art est une des tâches les plus difficiles qu'un peintre puisse se proposer. " (*Th. Gauthier*).

Un pintor de historia decía: " ¿Sabéis por qué no pinto retratos? Pues porque es demasiado difícil. " (*Grand dictionnaire universel du XIX siècle*, par P. Larrousse. — París, 1884).

18 Lo último que pintó Zeuxis fué el retrato de una vieja, y Valerio Flaco refiere que tanto se rió

el pintor contemplando su obra, que murió de risa.

19 *Vidas de los pintores, escultores y arquitectos*, por Jorge Vasari. — Siena, 1794.

20 De Stendhál. *Histoire de la peinture en Italie*.

21 El color del rostro corresponde á lo que se llama *temperamento*, ó sea al predominio de la sangre, de los nervios, de la bilis, de la linfa en cada naturaleza; de ahí la expresión y el carácter que pueden darle al retrato los pintores coloristas.

22 Casi todos los pintores notables se han retratado y han retratado á sus amigos en sus cuadros religiosos ó históricos. Orcagna en su *Juicio final* de Santa Croce puso á sus amigos en el Paraíso y á sus enemigos en el infierno. — Actualmente no hay pintor algo conocido por sus obras, cuya fisonomía sea desconocida para el público. Véase la obra *Nos peintres dessinés par eux-mêmes*. Notes humoristiques et esquistes biographiques par A. M. de Bélina. — París, 1883. — Nosotros tenemos análoga colección en fotografías y retratos al óleo y al carbón, de que hay algunos muy buenos en el Círculo de Bellas Artes; y en cuanto á semblanzas, ha comenzado á hacerlas en *El Liberal* — y de desear es que las continúe — mi querido amigo y compañero José Fernández Bremón, con su profundo talento observador y su ameno y original estilo.

23 Esta inscripción dice así:

1498

*Das malt Ich nach meiner gestalt  
Ich war sex und zwanzig Jar alt  
Albrecht Dürer.*

A  
D

Traducida literalmente, dice en castellano: \*Pinté yo esto según mi figura. Era yo de veintiséis años de edad. — Alberto Durero. „

24 Mi excelente amigo el notabilísimo artista — pintor, grabador y músico — D. Martín Rico, que también me ha hablado mucho del retrato de Velázquez, hecho por el mismo gran sevillano durante su segunda estancia en Roma, y que se conserva en el museo Capitolino.

25 Paul Mantz ha publicado (París, 1878) un extenso, concienzudo y preciosamente ilustrado estudio acerca de la vida y las obras del gran *Hans Holbein*.

26 W. Stirling. *Annals of the Artists in Spain*. — London, 1848, in 8.º

*Velazquez et ses œuvres*, par Villiam Stirling, traduit de l'anglais par G. Brunet avec des notes et un catalogue des tableaux de Velazquez par W. Bürger. — París, 1865, in 8.º

27 Hay que saber pintar unos bigotes pelo por pelo antes de atreverse á acusarlos de una sola pincelada (*Stevens*).

28 Diccionario de Cean Bermúdez.

29 *Las vidas de los pintores y estatuarios, etc.*, por D. Antonio Palomino Velasco.

30 El eminente pintor D. José Casado del Alisal, mi maestro y mi amigo, honra de la moderna escuela española, en su discurso de recepción en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

31 D. E. Williams. *The Life and correspondance of Sir Thomas Lawrence*. — London, 1831.

32 El sabio y virtuoso sacerdote y distinguido pintor D. Angel María de Barcia, jefe de la sección de Estampas de la Biblioteca Nacional.

33 En los títulos de valores fiduciarios, en los billetes de Banco y sobre todo en los sellos de correos, se acostumbra actualmente á poner retratos de personajes célebres y de monarcas y jefes de naciones. Los mejores que se conocen están grabados en los Estados-Unidos de Norte-América.

34 Mi querido amigo y compañero el distinguido literato y periodista D. Julio Nombela.

---











1  
2



D-1  
18